Mateo

1 Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de
David, hijo de Abraham.
2 Abraham fue padre de Isaac; Isaac fue padre
de Jacob; Jacob fue padre de Judá y de sus
hermanos;
3 Judá fue padre de Fares y Zara, cuya madre
fue Tamar; Fares fue padre de Esrom; Esrom fue
padre de Aram;
4 Aram fue padre de Aminadab; Aminadab fue
padre de Naasón; Naasón fue padre de Salmón;
5 Salmón fue padre de Booz, cuya madre fue
Rahab; Booz fue padre de Obed, cuya madre fue
Rut; Obed fue padre de Isaí;
6 Isaí fue padre del rey David. David fue padre
de Salomón, cuya madre había sido esposa de
Urías;
7 Salomón fue padre de Roboam; Roboam fue
padre de Abías; Abías fue padre de Asa;
8 Asa fue padre de Josafat; Josafat fue padre de
Joram; Joram fue padre de Uzías;
9 Uzías fue padre de Jotam; Jotam fue padre de
Acaz; Acaz fue padre de Ezequías;
10 Ezequías fue padre de Manasés; Manasés fue
padre de Amón; Amón fue padre de Josías;
11 Josías fue padre de Jeconías y de sus
hermanos, en el tiempo en que el pueblo fue
llevado cautivo a Babilonia.

12 Después de que el pueblo fue llevado cautivo
a Babilonia, Jeconías fue padre de Salatiel;
Salatiel fue padre de Zorobabel;
13 Zorobabel fue padre de Abiud; Abiud fue
padre de Eliaquim; Eliaquim fue padre de Azor;
14 Azor fue padre de Sadoc; Sadoc fue padre de
Aquim; Aquim fue padre de Eliud;
15 Eliud fue padre de Eleazar; Eleazar fue padre
de Matán; Matán fue padre de Jacob;
16 Jacob fue padre de José, esposo de María. De
María nació Jesús, quien es llamado el Cristo.
17 Así que hubo catorce generaciones desde
Abraham hasta David, catorce desde David hasta
el cautiverio en Babilonia, y catorce desde el
cautiverio en Babilonia hasta el Cristo.
18 El nacimiento de Jesucristo fue así: María, su
madre, estaba comprometida para casarse con
José; pero antes de que vivieran juntos, se
descubrió que estaba embarazada por obra del
Espíritu Santo.
19 José, su esposo, era un hombre justo. Como
no quería avergonzarla en público, pensó dejarla
en secreto.
20 Mientras pensaba en esto, un ángel del Señor
se le apareció en sueños y le dijo: José, hijo de
David, no tengas miedo de recibir a María como
tu esposa, porque el hijo que ella espera viene del
Espíritu Santo.
21 Ella dará a luz un hijo, y le pondrás por
nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de
sus pecados.
22 Todo esto sucedió para que se cumpliera lo
que el Señor había dicho por medio del profeta:

23 La virgen quedará embarazada y dará a luz
un hijo, y lo llamarán Emanuel, que significa:
Dios con nosotros.
24 Cuando José despertó, hizo lo que el ángel del
Señor le había mandado, y recibió a María como
su esposa.
25 Pero no tuvo relaciones con ella hasta que
dio a luz a su hijo. Y José le puso por nombre
Jesús.

2

1 Jesús nació en Belén de Judea, en los días del
rey Herodes. Entonces llegaron a Jerusalén unos
sabios del oriente,
2 y preguntaron: ¿Dónde está el rey de los judíos
que ha nacido? Porque vimos su estrella en el
oriente, y hemos venido a adorarlo.
3 Cuando el rey Herodes oyó esto, se turbó, y
toda Jerusalén con él.
4 Entonces reunió a todos los principales
sacerdotes y a los escribas del pueblo, y les
preguntó dónde debía nacer el Cristo.
5 Ellos le dijeron: En Belén de Judea, porque así
está escrito por medio del profeta:
6 Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres la menor
entre los gobernantes de Judá; porque de ti saldrá
un gobernante que pastoreará a mi pueblo Israel.
7 Entonces Herodes llamó en secreto a los
sabios, y les preguntó con cuidado cuándo había
aparecido la estrella.
8 Luego los envió a Belén y les dijo: Vayan y
busquen con cuidado al niño. Cuando lo

encuentren, avísenme, para que yo también vaya
y lo adore.

9 Después de oír al rey, ellos se fueron. Y la
estrella que habían visto en el oriente iba delante
de ellos, hasta que llegó y se detuvo sobre el lugar
donde estaba el niño.

10 Al ver la estrella, se llenaron de gran alegría.

11 Entraron en la casa y vieron al niño con
María, su madre. Entonces se postraron y lo
adoraron. Luego abrieron sus tesoros y le
ofrecieron regalos: oro, incienso y mirra.

12 Pero Dios les avisó en sueños que no
volvieran a Herodes. Por eso regresaron a su
tierra por otro camino.

13 Después de que ellos se fueron, un ángel del
Señor se apareció a José en sueños y le dijo:
Levántate, toma al niño y a su madre, huye a
Egipto, y quédate allí hasta que yo te avise;
porque Herodes va a buscar al niño para matarlo.

14 Entonces José se levantó, tomó de noche al
niño y a su madre, y se fue a Egipto.

15 Allí se quedó hasta la muerte de Herodes. Así
se cumplió lo que el Señor había dicho por medio
del profeta: De Egipto llamé a mi Hijo.

16 Cuando Herodes vio que los sabios se habían
burlado de él, se enojó mucho. Entonces mandó
matar a todos los niños varones de Belén y de toda
la región cercana, de dos años para abajo, según
el tiempo que había averiguado de los sabios.

17 Así se cumplió lo que fue dicho por medio del
profeta Jeremías:

18 Se oyó una voz en Ramá, llanto y gran dolor.
Raquel lloraba por sus hijos, y no quería ser
consolada, porque ya no vivían.
19 Después de la muerte de Herodes, un ángel
del Señor se apareció en sueños a José en Egipto,
20 y le dijo: Levántate, toma al niño y a su
madre, y vete a la tierra de Israel, porque ya
murieron los que querían quitarle la vida al niño.
21 Entonces José se levantó, tomó al niño y a su
madre, y volvió a la tierra de Israel.
22 Pero al oír que Arquelao gobernaba en Judea
en lugar de su padre Herodes, tuvo miedo de ir
allá. Entonces, avisado por Dios en sueños, se fue
a la región de Galilea.
23 Allí vivió en un pueblo llamado Nazaret,
para que se cumpliera lo dicho por los profetas:
Será llamado nazareno.

3

1 En aquellos días, Juan el Bautista llegó
predicando en el desierto de Judea.
2 Decía: Arrepiéntanse, porque el reino de los
cielos se ha acercado.
3 Juan era aquel de quien habló el profeta Isaías
cuando dijo: Voz de uno que clama en el desierto:
Preparen el camino del Señor; enderecen sus
sendas.
4 Juan usaba ropa hecha de pelo de camello y
llevaba un cinturón de cuero en la cintura. Su
comida eran chapulines y miel silvestre.
5 Entonces salía a él la gente de Jerusalén, de
toda Judea y de toda la región cercana al Jordán.

6 Confesaban sus pecados, y Juan los bautizaba
en el río Jordán.
7 Pero cuando vio que muchos fariseos y
saduceos venían a su bautismo, les dijo: ¡Hijos de
serpientes! ¿Quién les enseñó a huir de la ira que
viene?
8 Den fruto que muestre que de verdad se han
arrepentido.
9 No piensen decir dentro de ustedes: Tenemos
a Abraham por padre. Porque les digo que Dios
puede levantar hijos de Abraham aun de estas
piedras.
10 El hacha ya está puesta a la raíz de los árboles.
Todo árbol que no da buen fruto será cortado y
echado al fuego.
11 Yo los bautizo en agua para arrepentimiento;
pero el que viene después de mí es más poderoso
que yo. No soy digno ni de llevarle sus sandalias.
Él los bautizará con el Espíritu Santo y con fuego.
12 Tiene el aventador en la mano. Limpiará su
era, recogerá su trigo en el granero, y quemará la
paja en un fuego que nunca se apaga.
13 Entonces Jesús vino de Galilea al Jordán,
donde estaba Juan, para ser bautizado por él.
14 Pero Juan trató de impedírselo, diciendo: Yo
necesito ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?
15 Jesús le respondió: Permítelo ahora, porque
así conviene que cumplamos todo lo que es justo.
Entonces Juan se lo permitió.
16 Después de ser bautizado, Jesús subió
enseguida del agua. En ese momento, los cielos se

abrieron, y él vio al Espíritu de Dios bajar como una paloma y venir sobre él.
17 Y una voz desde los cielos dijo: Este es mi Hijo amado; en él tengo gran gozo.

4

1 Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo.
2 Después de ayunar cuarenta días y cuarenta noches, tuvo hambre.
3 El tentador se acercó y le dijo: Si eres Hijo de Dios, manda que estas piedras se conviertan en pan.
4 Pero Jesús respondió: Está escrito: No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.
5 Entonces el diablo lo llevó a la ciudad santa, lo puso en la parte más alta del templo,
6 y le dijo: Si eres Hijo de Dios, tírate abajo; porque está escrito: A sus ángeles mandará acerca de ti, y ellos te llevarán en sus manos, para que tu pie no tropiece con una piedra.
7 Jesús le dijo: También está escrito: No pondrás a prueba al Señor tu Dios.
8 Otra vez el diablo lo llevó a un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo y su gloria.
9 Y le dijo: Todo esto te daré, si te arrodillas y me adoras.
10 Entonces Jesús le dijo: ¡Vete, Satanás! Porque está escrito: Al Señor tu Dios adorarás, y solo a él servirás.
11 Entonces el diablo lo dejó, y unos ángeles vinieron y le servían.

12 Cuando Jesús oyó que Juan había sido
encarcelado, se fue a Galilea.
13 Salió de Nazaret y fue a vivir a Capernaúm,
junto al mar, en la región de Zabulón y Neftalí,
14 para que se cumpliera lo dicho por medio del
profeta Isaías:
15 Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí, camino
del mar, al otro lado del Jordán, Galilea de los
gentiles;
16 el pueblo que estaba en oscuridad vio una
gran luz. Sobre los que vivían en tierra de sombra
de muerte, una luz resplandeció.
17 Desde entonces Jesús comenzó a predicar y a
decir: Arrepiéntanse, porque el reino de los cielos
se ha acercado.
18 Mientras Jesús caminaba junto al mar de
Galilea, vio a dos hermanos: Simón, llamado
Pedro, y Andrés, su hermano. Estaban echando
una red al mar, porque eran pescadores.
19 Jesús les dijo: Síganme, y yo los haré
pescadores de hombres.
20 Enseguida ellos dejaron las redes y lo
siguieron.
21 Al pasar de allí, vio a otros dos hermanos:
Jacobo, hijo de Zebedeo, y Juan, su hermano.
Estaban en la barca con Zebedeo, su padre,
arreglando sus redes. Jesús los llamó.
22 Enseguida ellos dejaron la barca y a su
padre, y lo siguieron.
23 Jesús recorría toda Galilea, enseñando en las
sinagogas, anunciando las buenas noticias del
reino, y sanando toda enfermedad y toda
dolencia entre el pueblo.

24 Su fama se extendió por toda Siria. Le
trajeron a todos los que sufrían de diferentes
enfermedades y dolores: endemoniados,
epilépticos y paralíticos. Y él los sanó.
25 Lo siguieron grandes multitudes de Galilea,
de Decápolis, de Jerusalén, de Judea y del otro lado
del Jordán.

5

1 Al ver las multitudes, Jesús subió al monte.
Cuando se sentó, sus discípulos se acercaron a él.
2 Entonces comenzó a enseñarles, diciendo:
3 Dichosos los pobres en espíritu, porque de
ellos es el reino de los cielos.
4 Dichosos los que lloran, porque ellos serán
consolados.
5 Dichosos los mansos, porque ellos recibirán la
tierra como herencia.
6 Dichosos los que tienen hambre y sed de
justicia, porque ellos serán saciados.
7 Dichosos los misericordiosos, porque ellos
recibirán misericordia.
8 Dichosos los de corazón limpio, porque ellos
verán a Dios.
9 Dichosos los que hacen la paz, porque ellos
serán llamados hijos de Dios.
10 Dichosos los perseguidos por causa de la
justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.
11 Dichosos ustedes cuando por causa de mí los
insulten, los persigan y digan toda clase de mal
contra ustedes, mintiendo.
12 Alégrense y llénense de gozo, porque grande
es su recompensa en los cielos. Así también

persiguieron a los profetas que vivieron antes de ustedes.
13 Ustedes son la sal de la tierra. Pero si la sal pierde su sabor, ¿con qué se le devolverá? Ya no sirve para nada, sino para ser tirada fuera y pisada por la gente.
14 Ustedes son la luz del mundo. Una ciudad puesta sobre un monte no se puede esconder.
15 Nadie enciende una lámpara para ponerla debajo de una canasta, sino sobre un candelero, y así alumbra a todos los que están en la casa.
16 Así brille la luz de ustedes delante de la gente, para que vean sus buenas obras y den gloria a su Padre que está en los cielos.
17 No piensen que he venido a destruir la Ley o los Profetas. No he venido a destruirlos, sino a cumplirlos.
18 Porque de cierto les digo que, hasta que pasen el cielo y la tierra, ni la letra más pequeña ni un solo trazo de la Ley pasará, hasta que todo se cumpla.
19 Por eso, cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos más pequeños y enseñe a otros a hacer lo mismo, será llamado el más pequeño en el reino de los cielos. Pero cualquiera que los cumpla y los enseñe, será llamado grande en el reino de los cielos.
20 Porque les digo que, si la justicia de ustedes no es mayor que la de los escribas y fariseos, de ninguna manera entrarán en el reino de los cielos.
21 Ustedes han oído que se dijo a los antiguos: No matarás; y cualquiera que mate será culpable ante el juicio.

22 Pero yo les digo que cualquiera que se enoje
contra su hermano será culpable ante el juicio. El
que diga a su hermano: Raca, será culpable ante
el tribunal. Y el que le diga: Necio, estará en
peligro del infierno de fuego.
23 Por eso, si traes tu ofrenda al altar, y allí
recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti,
24 deja tu ofrenda allí, delante del altar.
Primero ve y reconcíliate con tu hermano; luego
vuelve y presenta tu ofrenda.
25 Ponte de acuerdo pronto con tu adversario,
mientras vas con él por el camino; no sea que tu
adversario te entregue al juez, el juez al guardia,
y seas echado en la cárcel.
26 De cierto te digo que no saldrás de allí hasta
que hayas pagado la última moneda.
27 Ustedes han oído que se dijo: No cometerás
adulterio.
28 Pero yo les digo que cualquiera que mira a
una mujer para desearla ya cometió adulterio
con ella en su corazón.
29 Si tu ojo derecho te hace caer en pecado,
sácalo y échalo lejos de ti. Es mejor que pierdas
una parte de tu cuerpo, y no que todo tu cuerpo
sea echado al infierno.
30 Y si tu mano derecha te hace caer en pecado,
córtala y échala lejos de ti. Es mejor que pierdas
una parte de tu cuerpo, y no que todo tu cuerpo
sea echado al infierno.
31 También se dijo: Cualquiera que se divorcie
de su esposa, dele carta de divorcio.
32 Pero yo les digo que cualquiera que se
divorcia de su esposa, excepto por causa de

inmoralidad sexual, hace que ella cometa
adulterio; y el que se casa con una mujer
divorciada comete adulterio.
33 También han oído que se dijo a los antiguos:
No jurarás en falso, sino que cumplirás tus
juramentos al Señor.
34 Pero yo les digo: No juren de ninguna
manera; ni por el cielo, porque es el trono de
Dios;
35 ni por la tierra, porque es el estrado de sus
pies; ni por Jerusalén, porque es la ciudad del
gran Rey.
36 Tampoco jures por tu cabeza, porque no
puedes hacer blanco o negro ni un solo cabello.
37 Que sus palabras sean: Sí, sí; no, no. Lo que
pasa de esto viene del mal.
38 Ustedes han oído que se dijo: Ojo por ojo, y
diente por diente.
39 Pero yo les digo: No resistan con venganza al
que les hace mal. Más bien, si alguien te golpea
en la mejilla derecha, vuélvele también la otra.
40 Si alguien quiere demandarte y quitarte la
túnica, déjale también el manto.
41 Si alguien te obliga a llevar carga por una
milla, ve con él dos.
42 Dale al que te pida, y no le des la espalda al
que quiera pedirte prestado.
43 Ustedes han oído que se dijo: Amarás a tu
prójimo y odiarás a tu enemigo.
44 Pero yo les digo: Amen a sus enemigos,
bendigan a los que los maldicen, hagan bien a los
que los odian, y oren por los que los maltratan y
los persiguen.

45 Así serán hijos de su Padre que está en los
cielos. Porque él hace salir su sol sobre malos y
buenos, y envía lluvia sobre justos e injustos.
46 Si aman solo a los que los aman, ¿qué
recompensa tendrán? ¿No hacen lo mismo los
cobradores de impuestos?
47 Y si saludan solo a sus hermanos, ¿qué hacen
de más? ¿No hacen también eso los gentiles?
48 Sean, pues, perfectos, como su Padre
celestial es perfecto.

6

1 Tengan cuidado de no hacer sus actos de
justicia delante de la gente para ser vistos por
ellos. Si lo hacen, no tendrán recompensa de su
Padre que está en los cielos.
2 Por eso, cuando ayudes a los pobres, no lo
anuncies con trompeta, como hacen los hipócritas
en las sinagogas y en las calles, para recibir
honra de la gente. De cierto les digo que ellos ya
tienen su recompensa.
3 Pero cuando tú ayudes a los pobres, no dejes
que tu mano izquierda sepa lo que hace tu mano
derecha,
4 para que tu ayuda sea en secreto; y tu Padre,
que ve en secreto, te recompensará.
5 Cuando oren, no sean como los hipócritas,
porque a ellos les gusta orar de pie en las
sinagogas y en las esquinas de las calles, para que
la gente los vea. De cierto les digo que ellos ya
tienen su recompensa.

6 Pero tú, cuando ores, entra en tu cuarto,
cierra la puerta y ora a tu Padre en secreto; y tu
Padre, que ve en secreto, te recompensará.
7 Al orar, no repitan palabras sin sentido, como
hacen los gentiles, porque ellos piensan que por
hablar mucho serán escuchados.
8 No sean como ellos, porque su Padre sabe lo
que ustedes necesitan antes de que se lo pidan.
9 Ustedes, pues, oren así: Padre nuestro que
estás en los cielos, santificado sea tu nombre.
10 Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en
el cielo, así también en la tierra.
11 Danos hoy nuestro pan de cada día.
12 Perdona nuestras deudas, como también
nosotros perdonamos a nuestros deudores.
13 No nos dejes caer en tentación, sino líbranos
del mal; porque tuyo es el reino, el poder y la
gloria, por todos los siglos. Amén.
14 Porque si ustedes perdonan a otros sus
ofensas, también su Padre celestial los perdonará.
15 Pero si ustedes no perdonan a otros sus
ofensas, tampoco su Padre perdonará las ofensas
de ustedes.
16 Cuando ayunen, no pongan cara triste como
los hipócritas, porque ellos cambian su rostro
para que la gente vea que están ayunando. De
cierto les digo que ellos ya tienen su recompensa.
17 Pero tú, cuando ayunes, lava tu rostro y
arregla tu cabeza,
18 para que no parezca a la gente que estás
ayunando, sino a tu Padre que está en secreto; y
tu Padre, que ve en secreto, te recompensará.

19 No acumulen tesoros en la tierra, donde la
polilla y el óxido destruyen, y donde los ladrones
entran y roban.
20 Más bien, acumulen tesoros en el cielo,
donde ni la polilla ni el óxido destruyen, y donde
los ladrones no entran ni roban.
21 Porque donde esté tu tesoro, allí estará
también tu corazón.
22 El ojo es la lámpara del cuerpo. Si tu ojo está
sano, todo tu cuerpo estará lleno de luz.
23 Pero si tu ojo está enfermo, todo tu cuerpo
estará en oscuridad. Así que, si la luz que hay en
ti es oscuridad, ¡qué grande será esa oscuridad!
24 Nadie puede servir a dos señores, porque
odiará a uno y amará al otro, o será fiel a uno y
despreciará al otro. Ustedes no pueden servir a
Dios y al dinero.
25 Por eso les digo: No se preocupen por su
vida, qué comerán o qué beberán; ni por su
cuerpo, qué vestirán. ¿No vale la vida más que la
comida, y el cuerpo más que la ropa?
26 Miren las aves del cielo: no siembran, no
cosechan ni guardan en graneros, y sin embargo
su Padre celestial las alimenta. ¿No valen ustedes
mucho más que ellas?
27 ¿Y quién de ustedes, por mucho que se
preocupe, puede añadir una sola hora a su vida?
28 ¿Y por qué se preocupan por la ropa? Miren
cómo crecen los lirios del campo: no trabajan ni
hilan.
29 Pero les digo que ni Salomón, con toda su
gloria, se vistió como uno de ellos.

30 Si Dios viste así la hierba del campo, que hoy
está viva y mañana se echa al horno, ¿no hará
mucho más por ustedes, hombres de poca fe?
31 Por eso, no se preocupen diciendo: ¿Qué
comeremos? ¿Qué beberemos? ¿Con qué nos
vestiremos?
32 Porque los gentiles buscan todas estas cosas;
pero su Padre celestial sabe que ustedes
necesitan todo esto.
33 Busquen primero el reino de Dios y su
justicia, y todas estas cosas les serán añadidas.
34 Así que no se preocupen por el día de
mañana, porque el día de mañana traerá sus
propias preocupaciones. A cada día le basta su
propio mal.

7

1 No juzguen, para que no sean juzgados.
2 Porque con el juicio con que juzguen serán
juzgados, y con la medida con que midan se les
medirá.
3 ¿Por qué miras la paja que está en el ojo de tu
hermano, y no notas la viga que está en tu propio
ojo?
4 ¿Cómo puedes decir a tu hermano: Déjame
sacar la paja de tu ojo, cuando tienes una viga en
el tuyo?
5 Hipócrita, saca primero la viga de tu propio
ojo; entonces verás bien para sacar la paja del ojo
de tu hermano.
6 No den lo santo a los perros, ni echen sus
perlas delante de los cerdos; no sea que las

pisoteen, y luego se vuelvan contra ustedes y los
despedacen.
7 Pidan, y se les dará; busquen, y encontrarán;
llamen, y se les abrirá.
8 Porque todo el que pide recibe; el que busca
encuentra; y al que llama se le abrirá.
9 ¿Quién de ustedes, si su hijo le pide pan, le
dará una piedra?
10 ¿O si le pide un pescado, le dará una
serpiente?
11 Pues si ustedes, siendo malos, saben dar
buenas cosas a sus hijos, ¿cuánto más su Padre
que está en los cielos dará cosas buenas a los que
le pidan?
12 Así que, traten a los demás como ustedes
quieren que ellos los traten, porque esto resume
la Ley y los Profetas.
13 Entren por la puerta estrecha; porque ancha
es la puerta y amplio el camino que lleva a la
destrucción, y muchos entran por ella.
14 Pero estrecha es la puerta y angosto el
camino que lleva a la vida, y pocos lo encuentran.
15 Cuídense de los falsos profetas. Ellos vienen a
ustedes vestidos como ovejas, pero por dentro
son lobos feroces.
16 Por sus frutos los conocerán. ¿Acaso se
recogen uvas de los espinos, o higos de los
cardos?
17 Así, todo buen árbol da buen fruto, pero el
árbol malo da fruto malo.
18 Un buen árbol no puede dar fruto malo, ni un
árbol malo puede dar fruto bueno.

19 Todo árbol que no da buen fruto es cortado y
echado al fuego.
20 Así que por sus frutos los conocerán.
21 No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará
en el reino de los cielos, sino el que hace la
voluntad de mi Padre que está en los cielos.
22 Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor,
¿no profetizamos en tu nombre, echamos fuera
demonios en tu nombre, e hicimos muchos
milagros en tu nombre?
23 Entonces les diré claramente: Nunca los
conocí. Apártense de mí, ustedes que hacen
maldad.
24 Por tanto, todo el que oye estas palabras mías
y las pone en práctica será como un hombre sabio
que construyó su casa sobre la roca.
25 Cayó la lluvia, crecieron los ríos, soplaron los
vientos y golpearon contra aquella casa; pero no
cayó, porque estaba fundada sobre la roca.
26 Pero todo el que oye estas palabras mías y no
las pone en práctica será como un hombre necio
que construyó su casa sobre la arena.
27 Cayó la lluvia, crecieron los ríos, soplaron los
vientos y golpearon contra aquella casa; y cayó, y
fue grande su caída.
28 Cuando Jesús terminó estas palabras, la
gente quedó asombrada de su enseñanza,
29 porque les enseñaba como quien tiene
autoridad, y no como los escribas.

8

1 Cuando Jesús bajó del monte, mucha gente lo
siguió.

2 Entonces vino un hombre enfermo de lepra,
se postró ante él y le dijo: Señor, si quieres,
puedes limpiarme.
3 Jesús extendió la mano, lo tocó y dijo: Quiero.
Sé limpio. Y al instante quedó limpio de su lepra.
4 Jesús le dijo: Mira, no se lo digas a nadie. Ve,
muéstrate al sacerdote y presenta la ofrenda que
Moisés mandó, para que les sirva de testimonio.
5 Cuando Jesús entró en Capernaúm, vino a él
un centurión y le rogó,
6 diciendo: Señor, mi siervo está en casa,
acostado, paralizado y con mucho dolor.
7 Jesús le dijo: Yo iré y lo sanaré.
8 Pero el centurión respondió: Señor, no soy
digno de que entres bajo mi techo. Solo di la
palabra, y mi siervo será sanado.
9 Porque yo también soy hombre bajo
autoridad, y tengo soldados bajo mi mando. Le
digo a uno: Ve, y va; a otro: Ven, y viene; y a mi
siervo: Haz esto, y lo hace.
10 Al oír esto, Jesús se maravilló y dijo a los que
lo seguían: De cierto les digo que ni siquiera en
Israel he encontrado tanta fe.
11 Les digo que muchos vendrán del oriente y
del occidente, y se sentarán a la mesa con
Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos.
12 Pero los hijos del reino serán echados a la
oscuridad de afuera. Allí habrá llanto y crujir de
dientes.
13 Entonces Jesús dijo al centurión: Ve. Que se
haga contigo como has creído. Y su siervo fue
sanado en esa misma hora.

14 Cuando Jesús entró en la casa de Pedro, vio a
la suegra de Pedro acostada y con fiebre.
15 Jesús le tocó la mano, y la fiebre la dejó. Ella
se levantó y comenzó a servirles.
16 Al anochecer, le trajeron a muchos que tenían
demonios. Con su palabra echó fuera a los
espíritus, y sanó a todos los enfermos,
17 para que se cumpliera lo dicho por medio del
profeta Isaías: Él tomó nuestras enfermedades y
cargó con nuestras dolencias.
18 Cuando Jesús vio mucha gente a su
alrededor, mandó pasar al otro lado del lago.
19 Entonces se le acercó un escriba y le dijo:
Maestro, te seguiré a dondequiera que vayas.
20 Jesús le dijo: Las zorras tienen cuevas, y las
aves del cielo tienen nidos; pero el Hijo del
Hombre no tiene dónde recostar la cabeza.
21 Otro de sus discípulos le dijo: Señor,
permíteme ir primero a enterrar a mi padre.
22 Pero Jesús le dijo: Sígueme, y deja que los
muertos entierren a sus muertos.
23 Jesús subió a una barca, y sus discípulos lo
siguieron.
24 De pronto se levantó una gran tormenta en el
mar, de modo que las olas cubrían la barca; pero
Jesús dormía.
25 Sus discípulos se acercaron, lo despertaron y
dijeron: ¡Señor, sálvanos, que nos hundimos!
26 Él les dijo: ¿Por qué tienen miedo, hombres
de poca fe? Entonces se levantó, reprendió a los
vientos y al mar, y hubo una gran calma.

27 Los hombres se maravillaron y dijeron: ¿Qué
clase de hombre es este, que hasta los vientos y el
mar le obedecen?
28 Cuando Jesús llegó al otro lado, a la región de
los gadarenos, le salieron al encuentro dos
endemoniados que venían de entre los sepulcros.
Eran tan violentos que nadie podía pasar por ese
camino.
29 Y gritaron: ¿Qué tienes que ver con nosotros,
Hijo de Dios? ¿Has venido aquí para
atormentarnos antes del tiempo señalado?
30 A cierta distancia de ellos había una gran
manada de cerdos comiendo.
31 Los demonios le rogaron: Si nos echas fuera,
permítenos ir a esa manada de cerdos.
32 Jesús les dijo: Vayan. Ellos salieron y
entraron en los cerdos. Entonces toda la manada
se lanzó por el despeñadero al mar, y murió en las
aguas.
33 Los que cuidaban los cerdos huyeron, fueron
a la ciudad y contaron todo, incluso lo que había
pasado con los endemoniados.
34 Entonces toda la ciudad salió al encuentro de
Jesús; y cuando lo vieron, le rogaron que se fuera
de su región.

9

1 Jesús subió a una barca, cruzó al otro lado y
llegó a su propia ciudad.
2 Allí le trajeron a un paralítico acostado en una
camilla. Al ver la fe de ellos, Jesús dijo al
paralítico: Ten ánimo, hijo; tus pecados te son
perdonados.

3 Entonces algunos escribas dijeron dentro de
sí: Este hombre blasfema.
4 Pero Jesús, conociendo sus pensamientos,
dijo: ¿Por qué piensan cosas malas en su corazón?
5 ¿Qué es más fácil decir: Tus pecados te son
perdonados, o decir: Levántate y camina?
6 Pues para que sepan que el Hijo del Hombre
tiene autoridad en la tierra para perdonar
pecados, dijo entonces al paralítico: Levántate,
toma tu camilla y vete a tu casa.
7 El hombre se levantó y se fue a su casa.
8 Al ver esto, la gente tuvo temor y glorificó a
Dios, que había dado tal autoridad a los hombres.
9 Al irse de allí, Jesús vio a un hombre llamado
Mateo, sentado en el lugar donde se cobraban los
impuestos. Le dijo: Sígueme. Mateo se levantó y lo
siguió.
10 Mientras Jesús estaba comiendo en la casa,
muchos cobradores de impuestos y pecadores
vinieron y se sentaron a la mesa con él y con sus
discípulos.
11 Cuando los fariseos vieron esto, dijeron a sus
discípulos: ¿Por qué su Maestro come con
cobradores de impuestos y pecadores?
12 Al oírlo, Jesús les dijo: Los sanos no necesitan
médico, sino los enfermos.
13 Vayan y aprendan lo que significa:
Misericordia quiero, y no sacrificio. Porque no he
venido a llamar a justos, sino a pecadores al
arrepentimiento.
14 Entonces se acercaron a Jesús los discípulos
de Juan y le preguntaron: ¿Por qué nosotros y los

fariseos ayunamos muchas veces, pero tus discípulos no ayunan?
15 Jesús les respondió: ¿Acaso pueden estar
tristes los amigos del novio mientras el novio está
con ellos? Pero vendrán días cuando el novio les
será quitado, y entonces ayunarán.
16 Nadie pone un remiendo de tela nueva en un
vestido viejo, porque el remiendo tira del vestido,
y la rotura se hace peor.
17 Tampoco se pone vino nuevo en odres viejos.
Si se hace, los odres se rompen, el vino se
derrama y los odres se pierden. Más bien, se pone
vino nuevo en odres nuevos, y así ambos se
conservan.
18 Mientras Jesús les decía estas cosas, vino un
gobernante, se postró ante él y le dijo: Mi hija
acaba de morir; pero ven, pon tu mano sobre
ella, y vivirá.
19 Jesús se levantó y lo siguió, junto con sus
discípulos.
20 Entonces una mujer que había sufrido flujo
de sangre por doce años se acercó por detrás y
tocó el borde de su manto.
21 Porque decía dentro de sí: Si tan solo toco su
manto, seré sanada.
22 Pero Jesús se volvió, la vio y dijo: Ten ánimo,
hija; tu fe te ha sanado. Y la mujer quedó sana
desde ese momento.
23 Cuando Jesús entró en la casa del gobernante
y vio a los músicos y a la gente haciendo mucho
ruido,
24 les dijo: Apártense, porque la niña no está
muerta, sino dormida. Pero ellos se burlaban de
él.

25 Cuando la gente fue echada fuera, Jesús
entró, tomó a la niña de la mano, y ella se levantó.
26 Y la noticia de esto se extendió por toda
aquella región.
27 Cuando Jesús salió de allí, dos ciegos lo
siguieron, gritando: ¡Ten misericordia de
nosotros, Hijo de David!
28 Al llegar a la casa, los ciegos se acercaron a él.
Jesús les dijo: ¿Creen que puedo hacer esto? Ellos
le respondieron: Sí, Señor.
29 Entonces les tocó los ojos y dijo: Que se haga
con ustedes conforme a su fe.
30 Y sus ojos fueron abiertos. Jesús les advirtió
con firmeza: Miren que nadie lo sepa.
31 Pero ellos salieron y contaron acerca de él
por toda aquella región.
32 Mientras ellos salían, le trajeron a Jesús un
hombre mudo que tenía un demonio.
33 Después de que el demonio fue echado fuera,
el mudo habló. La gente se maravilló y decía:
Nunca se ha visto algo así en Israel.
34 Pero los fariseos decían: Él echa fuera los
demonios por el príncipe de los demonios.
35 Jesús recorría todas las ciudades y aldeas,
enseñando en sus sinagogas, predicando las
buenas noticias del reino y sanando toda
enfermedad y toda dolencia.
36 Al ver a las multitudes, tuvo compasión de
ellas, porque estaban cansadas y desamparadas,
como ovejas que no tienen pastor.
37 Entonces dijo a sus discípulos: La cosecha es
mucha, pero los obreros son pocos.

38 Por eso, rueguen al Señor de la cosecha que
envíe obreros a su cosecha.

10

1 Jesús llamó a sus doce discípulos y les dio
autoridad sobre los espíritus inmundos, para
echarlos fuera, y para sanar toda enfermedad y
toda dolencia.
2 Los nombres de los doce apóstoles son estos:
primero Simón, llamado Pedro, y Andrés, su
hermano; Jacobo, hijo de Zebedeo, y Juan, su
hermano;
3 Felipe y Bartolomé; Tomás y Mateo, el
cobrador de impuestos; Jacobo, hijo de Alfeo, y
Tadeo;
4 Simón el Cananita, y Judas Iscariote, el que lo
traicionó.
5 A estos doce envió Jesús, dándoles estas
instrucciones: No vayan por camino de gentiles,
ni entren en ninguna ciudad de samaritanos.
6 Más bien, vayan a las ovejas perdidas de la
casa de Israel.
7 Vayan y prediquen diciendo: El reino de los
cielos se ha acercado.
8 Sanen enfermos, limpien leprosos, resuciten
muertos y echen fuera demonios. De gracia
recibieron; den de gracia.
9 No lleven oro, ni plata, ni cobre en sus cintos;
10 ni bolsa para el camino, ni dos túnicas, ni
sandalias de repuesto, ni bastón; porque el
obrero merece su alimento.
11 En cualquier ciudad o aldea donde entren,
busquen a alguien digno, y quédense allí hasta
que salgan.

12 Al entrar en la casa, salúdenla con paz.
13 Si la casa es digna, que su paz venga sobre
ella; pero si no es digna, que su paz vuelva a
ustedes.
14 Si alguien no los recibe ni escucha sus
palabras, al salir de esa casa o de esa ciudad,
sacudan el polvo de sus pies.
15 De cierto les digo que, en el día del juicio, será
más tolerable para la tierra de Sodoma y
Gomorra que para esa ciudad.
16 Miren, yo los envío como ovejas en medio de
lobos. Por eso, sean sabios como serpientes e
inocentes como palomas.
17 Cuídense de la gente, porque los entregarán a
los tribunales y los azotarán en sus sinagogas.
18 Por causa de mí, ustedes serán llevados ante
gobernadores y reyes, para dar testimonio
delante de ellos y de los gentiles.
19 Pero cuando los entreguen, no se preocupen
por cómo hablarán ni por lo que dirán, porque en
esa hora les será dado lo que deben decir.
20 Porque no serán ustedes los que hablen, sino
el Espíritu de su Padre hablando por medio de
ustedes.
21 El hermano entregará a la muerte a su
hermano, y el padre a su hijo. Los hijos se
levantarán contra sus padres y los harán morir.
22 Ustedes serán odiados por todos por causa de
mi nombre; pero el que persevere hasta el fin
será salvo.
23 Cuando los persigan en una ciudad, huyan a
otra. De cierto les digo que no terminarán de

recorrer las ciudades de Israel antes de que
venga el Hijo del Hombre.

24 El discípulo no es más que su maestro, ni el
siervo más que su señor.

25 Al discípulo le basta ser como su maestro, y al
siervo como su señor. Si al dueño de la casa lo
llamaron Beelzebú, ¡cuánto más a los de su casa!

26 Por eso, no les tengan miedo. Porque no hay
nada cubierto que no vaya a ser descubierto, ni
nada escondido que no vaya a ser conocido.

27 Lo que les digo en la oscuridad, díganlo en la
luz; y lo que oyen al oído, anúncienlo desde las
azoteas.

28 No teman a los que matan el cuerpo pero no
pueden matar el alma. Más bien, teman a aquel
que puede destruir el alma y el cuerpo en el
infierno.

29 ¿No se venden dos pajaritos por una moneda
pequeña? Sin embargo, ni uno de ellos cae a
tierra sin que su Padre lo permita.

30 Aun los cabellos de la cabeza de ustedes
están todos contados.

31 Así que no tengan miedo; ustedes valen más
que muchos pajaritos.

32 A todo el que me reconozca delante de la
gente, yo también lo reconoceré delante de mi
Padre que está en los cielos.

33 Pero al que me niegue delante de la gente, yo
también lo negaré delante de mi Padre que está
en los cielos.

34 No piensen que vine a traer paz a la tierra.
No vine a traer paz, sino espada.

35 Porque vine a poner al hombre contra su
padre, a la hija contra su madre, y a la nuera
contra su suegra.
36 Los enemigos del hombre serán los de su
propia casa.
37 El que ama a su padre o a su madre más que
a mí, no es digno de mí; y el que ama a su hijo o a
su hija más que a mí, no es digno de mí.
38 El que no toma su cruz y me sigue, no es
digno de mí.
39 El que encuentre su vida la perderá; y el que
pierda su vida por causa de mí la encontrará.
40 El que los recibe a ustedes, me recibe a mí; y
el que me recibe a mí, recibe al que me envió.
41 El que recibe a un profeta por ser profeta,
recibirá recompensa de profeta; y el que recibe a
un justo por ser justo, recibirá recompensa de
justo.
42 Y cualquiera que dé a uno de estos pequeños
aunque sea un vaso de agua fría por ser discípulo,
de cierto les digo que no perderá su recompensa.

11

1 Cuando Jesús terminó de dar estas
instrucciones a sus doce discípulos, se fue de allí
para enseñar y predicar en las ciudades de ellos.
2 Cuando Juan oyó en la cárcel acerca de las
obras del Cristo, envió a dos de sus discípulos
3 a preguntarle: ¿Eres tú el que había de venir, o
debemos esperar a otro?
4 Jesús les respondió: Vayan y cuenten a Juan lo
que oyen y ven:

5 los ciegos ven, los cojos caminan, los leprosos
quedan limpios, los sordos oyen, los muertos
resucitan, y a los pobres se les anuncian las
buenas noticias.
6 Dichoso el que no tropieza por causa de mí.
7 Mientras ellos se iban, Jesús comenzó a hablar
a la gente acerca de Juan: ¿Qué salieron a ver al
desierto? ¿Una caña sacudida por el viento?
8 Entonces, ¿qué salieron a ver? ¿A un hombre
vestido con ropa fina? Los que usan ropa fina
están en las casas de los reyes.
9 Pero ¿qué salieron a ver? ¿A un profeta? Sí, les
digo, y más que profeta.
10 Este es aquel de quien está escrito: Mira,
envío mi mensajero delante de ti, quien
preparará tu camino delante de ti.
11 De cierto les digo que, entre los nacidos de
mujer, no se ha levantado nadie mayor que Juan
el Bautista. Sin embargo, el más pequeño en el
reino de los cielos es mayor que él.
12 Desde los días de Juan el Bautista hasta
ahora, el reino de los cielos avanza con fuerza, y
los que se esfuerzan se aferran a él.
13 Porque todos los profetas y la Ley
profetizaron hasta Juan.
14 Y si quieren aceptarlo, él es Elías, el que había
de venir.
15 El que tiene oídos para oír, que oiga.
16 ¿Con qué compararé a esta generación? Es
semejante a niños sentados en las plazas, que
gritan a sus compañeros:
17 Les tocamos flauta, y no bailaron; les
cantamos canciones de duelo, y no lloraron.

18 Porque vino Juan, que no comía ni bebía, y
dicen: Tiene demonio.
19 Vino el Hijo del Hombre, que come y bebe, y
dicen: Miren, un glotón y bebedor de vino, amigo
de cobradores de impuestos y pecadores. Pero la
sabiduría queda demostrada por sus obras.
20 Entonces Jesús comenzó a reprender a las
ciudades donde había hecho la mayoría de sus
milagros, porque no se habían arrepentido:
21 ¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque
si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los
milagros que se hicieron en ustedes, hace tiempo
se habrían arrepentido con ropa áspera y ceniza.
22 Pero les digo que en el día del juicio será más
tolerable para Tiro y Sidón que para ustedes.
23 Y tú, Capernaúm, ¿serás levantada hasta el
cielo? Hasta el Hades bajarás. Porque si en
Sodoma se hubieran hecho los milagros que se
hicieron en ti, habría permanecido hasta hoy.
24 Pero les digo que en el día del juicio será más
tolerable para la tierra de Sodoma que para ti.
25 En aquel tiempo Jesús dijo: Te alabo, Padre,
Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste
estas cosas de los sabios y entendidos, y las
revelaste a los niños.
26 Sí, Padre, porque así te agradó.
27 Todas las cosas me han sido entregadas por
mi Padre. Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y
nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a
quien el Hijo quiera revelarlo.
28 Vengan a mí todos los que están cansados y
cargados, y yo les daré descanso.

29 Tomen mi yugo sobre ustedes y aprendan de
mí, porque soy manso y humilde de corazón; y
hallarán descanso para sus almas.
30 Porque mi yugo es fácil de llevar, y mi carga
es ligera.

12

1 En aquel tiempo, Jesús pasó por los
sembrados en el día de reposo. Sus discípulos
tuvieron hambre y comenzaron a arrancar
espigas y a comer.
2 Al ver esto, los fariseos le dijeron: Mira, tus
discípulos hacen lo que no está permitido hacer
en el día de reposo.
3 Pero él les dijo: ¿No han leído lo que hizo
David cuando él y los que estaban con él tuvieron
hambre?
4 Entró en la casa de Dios y comió los panes
sagrados, que no le estaba permitido comer ni a
él ni a los que estaban con él, sino solo a los
sacerdotes.
5 ¿O no han leído en la Ley que, en el día de
reposo, los sacerdotes en el templo trabajan y no
son culpables?
6 Pues les digo que uno mayor que el templo
está aquí.
7 Si ustedes entendieran lo que significa:
Misericordia quiero, y no sacrificio, no habrían
condenado a los inocentes.
8 Porque el Hijo del Hombre es Señor del día de
reposo.
9 Jesús se fue de allí y entró en la sinagoga de
ellos.

10 Allí había un hombre que tenía una mano
seca. Para poder acusar a Jesús, le preguntaron:
¿Está permitido sanar en el día de reposo?
11 Él les dijo: ¿Quién de ustedes, si tiene una
oveja y esta cae en un hoyo en día de reposo, no la
toma y la saca?
12 ¡Cuánto más vale una persona que una oveja!
Por eso está permitido hacer el bien en el día de
reposo.
13 Entonces dijo al hombre: Extiende tu mano.
Él la extendió, y le fue restaurada, sana como la
otra.
14 Pero los fariseos salieron y comenzaron a
hacer planes contra Jesús para matarlo.
15 Jesús, al saberlo, se fue de allí. Mucha gente
lo siguió, y él sanó a todos.
16 Pero les ordenaba que no dijeran quién era
él,
17 para que se cumpliera lo dicho por medio del
profeta Isaías:
18 Miren a mi siervo, a quien he escogido; mi
amado, en quien mi alma se agrada. Pondré mi
Espíritu sobre él, y anunciará justicia a las
naciones.
19 No discutirá ni gritará, ni nadie oirá su voz
en las calles.
20 No quebrará la caña golpeada, ni apagará la
mecha que apenas humea, hasta que lleve la
justicia a la victoria.
21 Y en su nombre pondrán las naciones su
esperanza.

22 Entonces le trajeron un endemoniado que
era ciego y mudo. Jesús lo sanó, de modo que el
ciego y mudo podía hablar y ver.
23 Toda la gente se maravilló y decía: ¿Será este
el Hijo de David?
24 Pero al oírlo, los fariseos dijeron: Este no
echa fuera los demonios sino por Beelzebú, el
príncipe de los demonios.
25 Jesús conocía sus pensamientos y les dijo:
Todo reino dividido contra sí mismo queda
destruido, y toda ciudad o casa dividida contra sí
misma no permanecerá.
26 Si Satanás echa fuera a Satanás, está dividido
contra sí mismo. Entonces, ¿cómo permanecerá
su reino?
27 Y si yo echo fuera demonios por Beelzebú,
¿por quién los echan fuera los hijos de ustedes?
Por eso ellos serán sus jueces.
28 Pero si yo echo fuera demonios por el
Espíritu de Dios, entonces el reino de Dios ha
llegado a ustedes.
29 ¿Cómo puede alguien entrar en la casa de un
hombre fuerte y llevarse sus bienes, si primero
no ata al hombre fuerte? Entonces podrá saquear
su casa.
30 El que no está conmigo, está contra mí; y el
que no recoge conmigo, desparrama.
31 Por eso les digo: Todo pecado y blasfemia
será perdonado a los hombres, pero la blasfemia
contra el Espíritu no será perdonada.
32 A cualquiera que diga una palabra contra el
Hijo del Hombre, le será perdonado; pero al que
hable contra el Espíritu Santo, no le será

perdonado, ni en este tiempo ni en el tiempo venidero.
33 Hagan bueno el árbol, y su fruto será bueno; o hagan malo el árbol, y su fruto será malo. Porque el árbol se conoce por su fruto.
34 ¡Hijos de serpientes! ¿Cómo pueden hablar cosas buenas, siendo malos? Porque de lo que abunda en el corazón habla la boca.
35 El hombre bueno saca cosas buenas del buen tesoro de su corazón; y el hombre malo saca cosas malas de su mal tesoro.
36 Pero yo les digo que, en el día del juicio, las personas darán cuenta de toda palabra inútil que hayan dicho.
37 Porque por tus palabras serás declarado justo, y por tus palabras serás condenado.
38 Entonces algunos de los escribas y fariseos le dijeron: Maestro, queremos ver una señal de parte tuya.
39 Pero él les respondió: Una generación mala y adúltera busca una señal, pero no se le dará otra señal sino la señal del profeta Jonás.
40 Porque así como Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre del gran pez, así el Hijo del Hombre estará tres días y tres noches en el corazón de la tierra.
41 Los hombres de Nínive se levantarán en el juicio contra esta generación y la condenarán, porque ellos se arrepintieron al oír la predicación de Jonás; y miren, uno mayor que Jonás está aquí.
42 La reina del sur se levantará en el juicio contra esta generación y la condenará, porque ella vino desde los fines de la tierra para oír la

sabiduría de Salomón; y miren, uno mayor que Salomón está aquí.

43 Cuando el espíritu inmundo sale de una
persona, anda por lugares secos buscando
descanso, y no lo encuentra.

44 Entonces dice: Volveré a mi casa de donde
salí. Cuando llega, la encuentra vacía, barrida y
arreglada.

45 Entonces va y toma consigo otros siete
espíritus peores que él; entran y viven allí. Y el
estado final de esa persona llega a ser peor que el
primero. Así también le pasará a esta generación
mala.

46 Mientras Jesús todavía hablaba a la gente, su
madre y sus hermanos estaban afuera, buscando
hablar con él.

47 Entonces alguien le dijo: Tu madre y tus
hermanos están afuera, y quieren hablar contigo.

48 Pero él respondió al que le hablaba: ¿Quién es
mi madre, y quiénes son mis hermanos?

49 Extendiendo la mano hacia sus discípulos,
dijo: Miren, mi madre y mis hermanos.

50 Porque todo el que hace la voluntad de mi
Padre que está en los cielos, ese es mi hermano,
mi hermana y mi madre.

13

1 Aquel mismo día, Jesús salió de la casa y se
sentó junto al mar.

2 Se reunió con él tanta gente que subió a una
barca y se sentó, mientras toda la multitud estaba
en la orilla.

3 Entonces les habló muchas cosas en parábolas.
Dijo: Un sembrador salió a sembrar.
4 Mientras sembraba, parte de la semilla cayó
junto al camino, y vinieron las aves y se la
comieron.
5 Otra parte cayó en terreno pedregoso, donde
no tenía mucha tierra. Brotó pronto, porque la
tierra no era profunda;
6 pero cuando salió el sol, se quemó; y como no
tenía raíz, se secó.
7 Otra parte cayó entre espinos, y los espinos
crecieron y la ahogaron.
8 Pero otra parte cayó en buena tierra y dio
fruto: una a ciento, otra a sesenta y otra a treinta
por uno.
9 El que tiene oídos para oír, que oiga.
10 Entonces los discípulos se acercaron y le
dijeron: ¿Por qué les hablas en parábolas?
11 Él les respondió: A ustedes se les ha dado
conocer los secretos del reino de los cielos, pero a
ellos no se les ha dado.
12 Porque al que tiene, se le dará más, y tendrá
en abundancia; pero al que no tiene, aun lo que
tiene le será quitado.
13 Por eso les hablo en parábolas: porque viendo
no ven, y oyendo no oyen ni entienden.
14 En ellos se cumple la profecía de Isaías, que
dice: Al oír, oirán, pero no entenderán; y al ver,
verán, pero no percibirán.
15 Porque el corazón de este pueblo se ha vuelto
duro; sus oídos oyen con dificultad, y han cerrado
sus ojos, para no ver con los ojos, ni oír con los

oídos, ni entender con el corazón, ni convertirse, y
que yo los sane.
16 Pero dichosos los ojos de ustedes, porque
ven; y sus oídos, porque oyen.
17 Porque de cierto les digo que muchos
profetas y justos desearon ver lo que ustedes ven,
y no lo vieron; y oír lo que ustedes oyen, y no lo
oyeron.
18 Escuchen, pues, la parábola del sembrador.
19 Cuando alguien oye la palabra del reino y no
la entiende, viene el Maligno y arrebata lo que
fue sembrado en su corazón. Esta es la semilla
sembrada junto al camino.
20 La semilla sembrada en terreno pedregoso
es el que oye la palabra y enseguida la recibe con
alegría;
21 pero no tiene raíz en sí mismo, sino que dura
poco. Cuando viene la dificultad o la persecución
por causa de la palabra, pronto tropieza.
22 La semilla sembrada entre espinos es el que
oye la palabra, pero las preocupaciones de este
mundo y el engaño de las riquezas ahogan la
palabra, y no da fruto.
23 Pero la semilla sembrada en buena tierra es
el que oye la palabra y la entiende. Este sí da
fruto y produce: uno a ciento, otro a sesenta y
otro a treinta por uno.
24 Jesús les contó otra parábola, diciendo: El
reino de los cielos es semejante a un hombre que
sembró buena semilla en su campo.
25 Pero mientras todos dormían, vino su
enemigo, sembró cizaña entre el trigo y se fue.

26 Cuando el trigo brotó y dio fruto, apareció también la cizaña.
27 Entonces los siervos del dueño de la casa vinieron y le dijeron: Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde salió la cizaña?
28 Él les dijo: Un enemigo hizo esto. Los siervos le dijeron: ¿Quieres que vayamos y la arranquemos?
29 Pero él dijo: No, porque al arrancar la cizaña podrían arrancar también el trigo.
30 Dejen que ambos crezcan juntos hasta la cosecha. En el tiempo de la cosecha diré a los segadores: Recojan primero la cizaña y átenla en manojos para quemarla; pero recojan el trigo en mi granero.
31 Les contó otra parábola: El reino de los cielos es semejante a un grano de mostaza que un hombre tomó y sembró en su campo.
32 Es la más pequeña de las semillas; pero cuando crece, es la mayor de las hortalizas y llega a ser como un árbol, de modo que las aves del cielo vienen y hacen nidos en sus ramas.
33 Les contó otra parábola: El reino de los cielos es semejante a la levadura que una mujer tomó y mezcló con tres medidas de harina, hasta que toda quedó fermentada.
34 Jesús dijo todas estas cosas a la gente en parábolas, y sin parábolas no les hablaba,
35 para que se cumpliera lo dicho por medio del profeta: Abriré mi boca en parábolas; diré cosas escondidas desde la fundación del mundo.

36 Entonces Jesús dejó a la gente y entró en la
casa. Sus discípulos se le acercaron y le dijeron:
Explícanos la parábola de la cizaña del campo.
37 Él les respondió: El que siembra la buena
semilla es el Hijo del Hombre.
38 El campo es el mundo. La buena semilla son
los hijos del reino. La cizaña son los hijos del
Maligno.
39 El enemigo que la sembró es el diablo. La
cosecha es el fin del mundo, y los segadores son
los ángeles.
40 Así como se recoge la cizaña y se quema en el
fuego, así será al fin del mundo.
41 El Hijo del Hombre enviará a sus ángeles, y
ellos sacarán de su reino todo lo que causa
tropiezo y a todos los que hacen maldad.
42 Los echarán en el horno de fuego. Allí habrá
llanto y crujir de dientes.
43 Entonces los justos brillarán como el sol en el
reino de su Padre. El que tiene oídos para oír, que
oiga.
44 El reino de los cielos es semejante a un tesoro
escondido en un campo. Un hombre lo encuentra
y lo vuelve a esconder. Luego, lleno de alegría, va,
vende todo lo que tiene y compra ese campo.
45 También el reino de los cielos es semejante a
un comerciante que busca perlas finas.
46 Cuando encuentra una perla de gran valor,
va, vende todo lo que tiene y la compra.
47 También el reino de los cielos es semejante a
una red echada en el mar, que recoge peces de
toda clase.

48 Cuando está llena, la sacan a la orilla.
Entonces se sientan, recogen los buenos en
canastas y echan fuera los malos.

49 Así será al fin del mundo: saldrán los ángeles
y separarán a los malos de entre los justos,

50 y los echarán en el horno de fuego. Allí habrá
llanto y crujir de dientes.

51 Jesús les dijo: ¿Han entendido todas estas
cosas? Ellos respondieron: Sí, Señor.

52 Él les dijo: Por eso, todo escriba que ha sido
hecho discípulo del reino de los cielos es
semejante al dueño de una casa, que saca de su
tesoro cosas nuevas y cosas viejas.

53 Cuando Jesús terminó estas parábolas, se fue
de allí.

54 Al llegar a su tierra, les enseñaba en la
sinagoga de ellos, de tal manera que se
maravillaban y decían: ¿De dónde tiene este esta
sabiduría y estos milagros?

55 ¿No es este el hijo del carpintero? ¿No se
llama su madre María, y sus hermanos Jacobo,
José, Simón y Judas?

56 ¿Y no están todas sus hermanas con
nosotros? Entonces, ¿de dónde tiene este todas
estas cosas?

57 Y se escandalizaban de él. Pero Jesús les dijo:
Un profeta no carece de honra sino en su propia
tierra y en su propia casa.

58 Y no hizo allí muchos milagros por causa de
la incredulidad de ellos.

14

1 En aquel tiempo, Herodes el tetrarca oyó lo
que se decía de Jesús.
2 Y dijo a sus siervos: Este es Juan el Bautista.
Ha resucitado de los muertos, y por eso estos
poderes actúan en él.
3 Porque Herodes había arrestado a Juan, lo
había atado y lo había metido en la cárcel por
causa de Herodías, esposa de Felipe, su hermano.
4 Pues Juan le decía: No te es permitido tenerla
como esposa.
5 Herodes quería matarlo, pero tenía miedo de
la gente, porque todos tenían a Juan por profeta.
6 Pero cuando se celebraba el cumpleaños de
Herodes, la hija de Herodías bailó delante de
todos, y agradó a Herodes.
7 Por eso él le prometió con juramento darle
todo lo que pidiera.
8 Ella, aconsejada por su madre, dijo: Dame
aquí, en un plato, la cabeza de Juan el Bautista.
9 El rey se entristeció; pero por causa de sus
juramentos y de los que estaban con él a la mesa,
mandó que se la dieran.
10 Entonces envió a decapitar a Juan en la
cárcel.
11 Su cabeza fue traída en un plato y dada a la
muchacha, y ella se la llevó a su madre.
12 Luego vinieron los discípulos de Juan,
tomaron el cuerpo y lo enterraron. Después
fueron y se lo contaron a Jesús.
13 Cuando Jesús oyó esto, se fue de allí en una
barca a un lugar apartado y desierto. Pero la
gente lo supo y lo siguió a pie desde las ciudades.

14 Al salir Jesús, vio una gran multitud. Tuvo
compasión de ellos y sanó a los enfermos.
15 Al atardecer, sus discípulos se acercaron y le
dijeron: Este lugar es desierto, y la hora ya ha
pasado. Despide a la gente para que vaya a las
aldeas y compre comida.
16 Pero Jesús les dijo: No necesitan irse. Denles
ustedes de comer.
17 Ellos le dijeron: Aquí no tenemos más que
cinco panes y dos pescados.
18 Él les dijo: Tráiganmelos aquí.
19 Entonces mandó que la gente se sentara
sobre la hierba. Tomó los cinco panes y los dos
pescados, levantó los ojos al cielo, bendijo, partió
los panes y los dio a los discípulos; y los discípulos
los dieron a la gente.
20 Todos comieron y quedaron satisfechos.
Luego recogieron lo que sobró: doce canastas
llenas de pedazos.
21 Los que comieron fueron como cinco mil
hombres, sin contar mujeres y niños.
22 Enseguida Jesús hizo que sus discípulos
subieran a la barca y fueran delante de él al otro
lado, mientras él despedía a la multitud.
23 Después de despedir a la gente, subió al
monte a solas para orar. Cuando llegó la noche,
estaba allí solo.
24 La barca ya estaba lejos de la tierra, golpeada
por las olas, porque el viento les era contrario.
25 A la cuarta vigilia de la noche, Jesús fue hacia
ellos caminando sobre el mar.

26 Cuando los discípulos lo vieron caminando
sobre el mar, se asustaron y dijeron: ¡Es un
fantasma! Y gritaron de miedo.
27 Pero enseguida Jesús les habló y dijo: ¡Tengan
ánimo! Soy yo. No tengan miedo.
28 Pedro le respondió: Señor, si eres tú, manda
que yo vaya a ti sobre el agua.
29 Él dijo: Ven. Entonces Pedro bajó de la barca
y caminó sobre el agua para ir hacia Jesús.
30 Pero al ver el fuerte viento, tuvo miedo.
Comenzó a hundirse y gritó: ¡Señor, sálvame!
31 Al instante Jesús extendió la mano, lo sostuvo
y le dijo: Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?
32 Cuando ellos subieron a la barca, el viento se
calmó.
33 Entonces los que estaban en la barca lo
adoraron y dijeron: Verdaderamente eres Hijo de
Dios.
34 Cuando cruzaron al otro lado, llegaron a la
tierra de Genesaret.
35 Los hombres de aquel lugar, al reconocerlo,
mandaron avisar por toda la región cercana, y le
trajeron a todos los enfermos.
36 Le rogaban que los dejara tocar solamente el
borde de su manto; y todos los que lo tocaron
quedaron sanos.

15

1 Entonces se acercaron a Jesús unos escribas y
fariseos de Jerusalén, diciendo:
2 ¿Por qué tus discípulos quebrantan la tradición
de los ancianos? Porque no se lavan las manos
cuando comen.

3 Él les respondió: ¿Y por qué ustedes
quebrantan el mandamiento de Dios por causa
de su tradición?
4 Porque Dios mandó: Honra a tu padre y a tu
madre; y también: El que maldiga a su padre o a
su madre, muera sin falta.
5 Pero ustedes dicen: Cualquiera que diga a su
padre o a su madre: Lo que podía ayudarte ya lo
he dado como ofrenda a Dios,
6 ya no tiene que honrar a su padre o a su
madre. Así ustedes han dejado sin fuerza la
palabra de Dios por causa de su tradición.
7 Hipócritas, bien profetizó Isaías acerca de
ustedes, diciendo:
8 Este pueblo se acerca a mí con su boca y me
honra con sus labios, pero su corazón está lejos
de mí.
9 En vano me adoran, enseñando como
doctrinas mandamientos de hombres.
10 Luego llamó a la gente y les dijo: Escuchen y
entiendan:
11 No es lo que entra por la boca lo que
contamina a la persona, sino lo que sale de la
boca; eso contamina a la persona.
12 Entonces los discípulos se acercaron y le
dijeron: ¿Sabes que los fariseos se ofendieron al
oír estas palabras?
13 Pero él respondió: Toda planta que no plantó
mi Padre celestial será arrancada de raíz.
14 Déjenlos. Son guías ciegos. Y si un ciego guía a
otro ciego, ambos caerán en el hoyo.
15 Pedro le dijo: Explícanos esta parábola.
16 Jesús dijo: ¿También ustedes siguen sin
entender?

17 ¿No entienden que todo lo que entra por la
boca va al estómago y luego sale del cuerpo?
18 Pero lo que sale de la boca viene del corazón,
y eso contamina a la persona.
19 Porque del corazón salen malos
pensamientos, homicidios, adulterios,
inmoralidad sexual, robos, falsos testimonios y
blasfemias.
20 Estas cosas son las que contaminan a la
persona; pero comer sin lavarse las manos no
contamina a la persona.
21 Jesús salió de allí y se fue a la región de Tiro y
Sidón.
22 Entonces una mujer cananea que había
salido de aquella región comenzó a gritar: ¡Señor,
Hijo de David, ten misericordia de mí! Mi hija
está muy atormentada por un demonio.
23 Pero Jesús no le respondió palabra. Sus
discípulos se acercaron y le rogaron: Despídela,
porque viene gritando detrás de nosotros.
24 Él respondió: No fui enviado sino a las ovejas
perdidas de la casa de Israel.
25 Pero ella vino, se postró ante él y dijo: ¡Señor,
ayúdame!
26 Él respondió: No está bien tomar el pan de
los hijos y echarlo a los perritos.
27 Ella dijo: Sí, Señor; pero aun los perritos
comen las migajas que caen de la mesa de sus
amos.
28 Entonces Jesús le respondió: Mujer, grande es
tu fe. Que se haga contigo como quieres. Y su hija
fue sanada desde ese momento.

29 Jesús salió de allí y llegó junto al mar de
Galilea. Luego subió al monte y se sentó allí.
30 Se acercó a él mucha gente, trayendo cojos,
ciegos, mudos, mancos y muchos otros enfermos.
Los pusieron a los pies de Jesús, y él los sanó.
31 La gente se maravillaba al ver que los mudos
hablaban, los mancos quedaban sanos, los cojos
caminaban y los ciegos veían; y glorificaban al
Dios de Israel.
32 Jesús llamó a sus discípulos y dijo: Tengo
compasión de la gente, porque ya hace tres días
que están conmigo y no tienen qué comer. No
quiero enviarlos en ayunas, no sea que se
desmayen en el camino.
33 Sus discípulos le dijeron: ¿De dónde
conseguiremos en este lugar desierto tantos
panes para alimentar a tanta gente?
34 Jesús les dijo: ¿Cuántos panes tienen? Ellos
respondieron: Siete, y unos pocos pescaditos.
35 Entonces mandó a la gente que se sentara en
el suelo.
36 Tomó los siete panes y los pescados, dio
gracias, los partió y los dio a sus discípulos; y los
discípulos los dieron a la gente.
37 Todos comieron y quedaron satisfechos. Y
recogieron lo que sobró: siete canastas llenas.
38 Los que comieron fueron cuatro mil
hombres, sin contar mujeres y niños.
39 Después de despedir a la gente, Jesús subió a
la barca y fue a la región de Magadán.

16

1 Los fariseos y los saduceos se acercaron a
Jesús para ponerlo a prueba, y le pidieron que les
mostrara una señal del cielo.
2 Pero él les respondió: Cuando anochece,
ustedes dicen: Hará buen tiempo, porque el cielo
está rojo.
3 Y por la mañana dicen: Hoy habrá tormenta,
porque el cielo está rojo y nublado. ¡Hipócritas!
Ustedes saben distinguir el aspecto del cielo, pero
no pueden distinguir las señales de los tiempos.
4 Una generación mala y adúltera busca una
señal, pero no se le dará otra señal sino la señal de
Jonás. Y dejándolos, se fue.
5 Cuando los discípulos llegaron al otro lado, se
les había olvidado llevar pan.
6 Jesús les dijo: Miren, cuídense de la levadura
de los fariseos y de los saduceos.
7 Ellos discutían entre sí, diciendo: Es porque
no trajimos pan.
8 Jesús, al darse cuenta, les dijo: Hombres de
poca fe, ¿por qué discuten entre ustedes porque
no trajeron pan?
9 ¿Todavía no entienden? ¿No recuerdan los
cinco panes para los cinco mil, y cuántas canastas
recogieron?
10 ¿Ni los siete panes para los cuatro mil, y
cuántas canastas recogieron?
11 ¿Cómo no entienden que no les hablé del
pan? Les dije que se cuidaran de la levadura de
los fariseos y de los saduceos.

12 Entonces entendieron que no les había dicho
que se cuidaran de la levadura del pan, sino de la
enseñanza de los fariseos y de los saduceos.
13 Cuando Jesús llegó a la región de Cesarea de
Filipo, preguntó a sus discípulos: ¿Quién dice la
gente que es el Hijo del Hombre?
14 Ellos dijeron: Unos dicen que Juan el
Bautista; otros, que Elías; y otros, que Jeremías o
uno de los profetas.
15 Él les dijo: Y ustedes, ¿quién dicen que soy?
16 Simón Pedro respondió: Tú eres el Cristo, el
Hijo del Dios viviente.
17 Jesús le respondió: Dichoso eres, Simón, hijo
de Jonás, porque esto no te lo reveló carne ni
sangre, sino mi Padre que está en los cielos.
18 Y yo también te digo que tú eres Pedro; y
sobre esta roca edificaré mi iglesia, y las puertas
del Hades no prevalecerán contra ella.
19 A ti te daré las llaves del reino de los cielos.
Todo lo que ates en la tierra habrá sido atado en
los cielos, y todo lo que desates en la tierra habrá
sido desatado en los cielos.
20 Entonces ordenó a sus discípulos que no
dijeran a nadie que él era Jesús el Cristo.
21 Desde entonces Jesús comenzó a declarar a
sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalén,
sufrir mucho de parte de los ancianos, de los
principales sacerdotes y de los escribas, ser
muerto y resucitar al tercer día.
22 Pedro lo tomó aparte y comenzó a
reprenderlo, diciendo: ¡Señor, ten compasión de
ti! ¡Eso nunca te sucederá!

23 Pero Jesús se volvió y dijo a Pedro: ¡Apártate
de mí, Satanás! Eres un tropiezo para mí, porque
no pones la mente en las cosas de Dios, sino en las
de los hombres.
24 Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno
quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo,
tome su cruz y sígame.
25 Porque el que quiera salvar su vida la
perderá; pero el que pierda su vida por causa de
mí la encontrará.
26 ¿De qué le sirve a una persona ganar todo el
mundo, si pierde su alma? ¿O qué dará una
persona a cambio de su alma?
27 Porque el Hijo del Hombre vendrá en la
gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces
dará a cada uno conforme a sus obras.
28 De cierto les digo que algunos de los que
están aquí no probarán la muerte hasta que vean
al Hijo del Hombre viniendo en su reino.

17

1 Seis días después, Jesús tomó consigo a Pedro,
a Jacobo y a Juan, su hermano, y los llevó aparte a
un monte alto.
2 Allí fue transfigurado delante de ellos. Su
rostro brilló como el sol, y su ropa se volvió
blanca como la luz.
3 Y se les aparecieron Moisés y Elías, hablando
con él.
4 Entonces Pedro dijo a Jesús: Señor, bueno es
que estemos aquí. Si quieres, haré aquí tres
enramadas: una para ti, una para Moisés y otra
para Elías.

5 Mientras él todavía hablaba, una nube
brillante los cubrió. Y una voz desde la nube dijo:
Este es mi Hijo amado, en quien tengo
complacencia. Escúchenlo.
6 Al oír esto, los discípulos cayeron sobre sus
rostros y tuvieron mucho miedo.
7 Jesús se acercó, los tocó y dijo: Levántense y no
tengan miedo.
8 Cuando alzaron los ojos, no vieron a nadie,
sino a Jesús solo.
9 Mientras bajaban del monte, Jesús les mandó:
No cuenten a nadie esta visión hasta que el Hijo
del Hombre resucite de entre los muertos.
10 Sus discípulos le preguntaron: ¿Por qué dicen
los escribas que Elías debe venir primero?
11 Jesús respondió: Es verdad que Elías viene
primero y restaurará todas las cosas.
12 Pero yo les digo que Elías ya vino, y no lo
reconocieron, sino que hicieron con él todo lo
que quisieron. Así también el Hijo del Hombre
sufrirá de parte de ellos.
13 Entonces los discípulos entendieron que les
hablaba de Juan el Bautista.
14 Cuando llegaron a donde estaba la gente, se
acercó a Jesús un hombre, se arrodilló delante de
él
15 y dijo: Señor, ten misericordia de mi hijo,
porque tiene ataques y sufre mucho. Muchas
veces cae en el fuego y muchas veces en el agua.
16 Lo traje a tus discípulos, pero no pudieron
sanarlo.

17 Jesús respondió: ¡Generación incrédula y
perversa! ¿Hasta cuándo estaré con ustedes?
¿Hasta cuándo los soportaré? Tráiganmelo acá.
18 Jesús reprendió al demonio, y este salió del
muchacho. Y el muchacho fue sanado desde ese
momento.
19 Entonces los discípulos se acercaron a Jesús
en privado y le preguntaron: ¿Por qué nosotros
no pudimos echarlo fuera?
20 Jesús les dijo: Por su poca fe. De cierto les
digo que, si tienen fe como un grano de mostaza,
dirán a este monte: Pásate de aquí allá, y se
pasará; y nada les será imposible.
21 Pero este género no sale sino con oración y
ayuno.
22 Mientras ellos estaban en Galilea, Jesús les
dijo: El Hijo del Hombre será entregado en
manos de hombres.
23 Ellos lo matarán, y al tercer día resucitará. Y
los discípulos se entristecieron mucho.
24 Cuando llegaron a Capernaúm, los que
cobraban el impuesto del templo se acercaron a
Pedro y le preguntaron: ¿Su Maestro no paga el
impuesto del templo?
25 Él dijo: Sí. Cuando Pedro entró en la casa,
Jesús le habló primero y dijo: ¿Qué te parece,
Simón? ¿De quiénes cobran impuestos o tributo
los reyes de la tierra? ¿De sus hijos, o de los
extraños?
26 Pedro le respondió: De los extraños. Jesús le
dijo: Entonces los hijos están libres.
27 Pero para no causarles tropiezo, ve al mar,
echa el anzuelo y toma el primer pez que salga.

Al abrirle la boca, encontrarás una moneda.
Tómala y dásela por mí y por ti.

18

1 En aquel momento, los discípulos se acercaron
a Jesús y le preguntaron: ¿Quién es el mayor en el
reino de los cielos?
2 Jesús llamó a un niño, lo puso en medio de
ellos
3 y dijo: De cierto les digo que, si no cambian y
se vuelven como niños, de ninguna manera
entrarán en el reino de los cielos.
4 Así que cualquiera que se humille como este
niño, ese es el mayor en el reino de los cielos.
5 Y cualquiera que recibe en mi nombre a un
niño como este, me recibe a mí.
6 Pero cualquiera que haga tropezar a uno de
estos pequeños que creen en mí, mejor le sería
que le colgaran al cuello una gran piedra de
molino y lo hundieran en lo profundo del mar.
7 ¡Ay del mundo por los tropiezos! Es necesario
que vengan tropiezos, pero ¡ay de aquel por
medio de quien viene el tropiezo!
8 Si tu mano o tu pie te hace caer en pecado,
córtalo y échalo lejos de ti. Es mejor entrar en la
vida manco o cojo, que tener dos manos o dos
pies y ser echado al fuego eterno.
9 Y si tu ojo te hace caer en pecado, sácalo y
échalo lejos de ti. Es mejor entrar en la vida con
un solo ojo, que tener dos ojos y ser echado al
infierno de fuego.
10 Miren que no desprecien a uno de estos
pequeños, porque les digo que sus ángeles en los

cielos siempre ven el rostro de mi Padre que está
en los cielos.
11 Porque el Hijo del Hombre vino a salvar lo
que se había perdido.
12 ¿Qué les parece? Si un hombre tiene cien
ovejas y una de ellas se pierde, ¿no deja las
noventa y nueve y va por los montes a buscar la
que se perdió?
13 Y si llega a encontrarla, de cierto les digo que
se alegra más por esa oveja que por las noventa y
nueve que no se perdieron.
14 Así también, no es la voluntad de su Padre
que está en los cielos que se pierda uno de estos
pequeños.
15 Si tu hermano peca contra ti, ve y repréndelo
a solas, entre tú y él. Si te escucha, has ganado a
tu hermano.
16 Pero si no te escucha, toma contigo a uno o
dos más, para que todo asunto quede confirmado
por la palabra de dos o tres testigos.
17 Si no los escucha, dilo a la iglesia. Y si
tampoco escucha a la iglesia, tenlo por gentil y
cobrador de impuestos.
18 De cierto les digo que todo lo que aten en la
tierra habrá sido atado en el cielo, y todo lo que
desaten en la tierra habrá sido desatado en el
cielo.
19 Otra vez les digo que, si dos de ustedes se
ponen de acuerdo en la tierra sobre cualquier
cosa que pidan, les será hecha por mi Padre que
está en los cielos.
20 Porque donde dos o tres se reúnen en mi
nombre, allí estoy yo en medio de ellos.

21 Entonces Pedro se acercó y le dijo: Señor,
¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que
peque contra mí? ¿Hasta siete veces?
22 Jesús le dijo: No te digo hasta siete veces, sino
hasta setenta veces siete.
23 Por eso el reino de los cielos es semejante a
un rey que quiso hacer cuentas con sus siervos.
24 Cuando comenzó a hacer cuentas, le trajeron
a uno que le debía diez mil talentos.
25 Como no podía pagar, su señor mandó
venderlo a él, a su esposa, a sus hijos y todo lo que
tenía, para que se pagara la deuda.
26 Entonces el siervo cayó de rodillas delante de
él y le rogó: Señor, ten paciencia conmigo, y te lo
pagaré todo.
27 El señor de aquel siervo tuvo compasión, lo
soltó y le perdonó la deuda.
28 Pero al salir, aquel siervo encontró a uno de
sus compañeros que le debía cien denarios. Lo
agarró del cuello y comenzó a ahogarlo,
diciendo: ¡Págame lo que me debes!
29 Entonces su compañero cayó de rodillas y le
rogó: Ten paciencia conmigo, y te pagaré.
30 Pero él no quiso, sino que fue y lo echó en la
cárcel hasta que pagara la deuda.
31 Cuando sus compañeros vieron lo que había
pasado, se entristecieron mucho. Fueron y
contaron a su señor todo lo sucedido.
32 Entonces su señor lo llamó y le dijo: ¡Siervo
malo! Yo te perdoné toda aquella deuda, porque
me rogaste.
33 ¿No debías tú también tener misericordia de
tu compañero, como yo tuve misericordia de ti?

34 Su señor se enojó y lo entregó a los carceleros
hasta que pagara toda la deuda.
35 Así también mi Padre celestial hará con
ustedes, si no perdonan de corazón cada uno a su
hermano.

19

1 Cuando Jesús terminó de decir estas palabras,
salió de Galilea y fue a la región de Judea, al otro
lado del Jordán.
2 Mucha gente lo siguió, y él los sanó allí.
3 Entonces se acercaron a él unos fariseos para
ponerlo a prueba, y le preguntaron: ¿Le está
permitido a un hombre divorciarse de su esposa
por cualquier causa?
4 Jesús les respondió: ¿No han leído que el
Creador, desde el principio, los hizo hombre y
mujer?
5 Y dijo: Por eso el hombre dejará a su padre y a
su madre, se unirá a su esposa, y los dos serán
una sola carne.
6 Así que ya no son dos, sino una sola carne. Por
tanto, lo que Dios unió, no lo separe el hombre.
7 Ellos le dijeron: Entonces, ¿por qué mandó
Moisés darle carta de divorcio y despedirla?
8 Jesús les dijo: Por la dureza del corazón de
ustedes, Moisés les permitió divorciarse de sus
esposas; pero desde el principio no fue así.
9 Y yo les digo que cualquiera que se divorcie
de su esposa, excepto por causa de inmoralidad
sexual, y se case con otra, comete adulterio; y el
que se casa con la divorciada comete adulterio.

10 Sus discípulos le dijeron: Si así es la relación
del hombre con su esposa, no conviene casarse.
11 Pero él les dijo: No todos pueden recibir esta
palabra, sino solo aquellos a quienes les es dado.
12 Porque hay eunucos que nacieron así desde
el vientre de su madre; hay eunucos que fueron
hechos eunucos por los hombres; y hay eunucos
que se hicieron eunucos por causa del reino de
los cielos. El que pueda recibir esto, que lo reciba.
13 Entonces le trajeron unos niños para que
pusiera las manos sobre ellos y orara; pero los
discípulos los reprendían.
14 Jesús dijo: Dejen que los niños vengan a mí, y
no se lo impidan, porque de los que son como
ellos es el reino de los cielos.
15 Después de poner las manos sobre ellos, se
fue de allí.
16 Entonces se acercó uno y le dijo: Maestro
bueno, ¿qué bien debo hacer para tener la vida
eterna?
17 Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno?
Nadie es bueno sino uno: Dios. Pero si quieres
entrar en la vida, guarda los mandamientos.
18 Él le preguntó: ¿Cuáles? Jesús respondió: No
matarás; no cometerás adulterio; no robarás; no
darás falso testimonio;
19 honra a tu padre y a tu madre; y amarás a tu
prójimo como a ti mismo.
20 El joven le dijo: Todo esto lo he guardado
desde mi juventud. ¿Qué más me falta?
21 Jesús le dijo: Si quieres ser perfecto, ve,
vende lo que tienes y dalo a los pobres, y tendrás
tesoro en el cielo. Luego ven y sígueme.

22 Cuando el joven oyó estas palabras, se fue
triste, porque tenía muchas posesiones.
23 Entonces Jesús dijo a sus discípulos: De cierto
les digo que difícilmente entrará un rico en el
reino de los cielos.
24 Otra vez les digo: Es más fácil que un camello
pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en
el reino de Dios.
25 Al oír esto, los discípulos se asombraron
mucho y dijeron: Entonces, ¿quién podrá ser
salvo?
26 Jesús los miró y les dijo: Para los hombres
esto es imposible, pero para Dios todo es posible.
27 Entonces Pedro le respondió: Mira, nosotros
lo hemos dejado todo y te hemos seguido. ¿Qué
recibiremos?
28 Jesús les dijo: De cierto les digo que, en la
renovación de todas las cosas, cuando el Hijo del
Hombre se siente en el trono de su gloria, ustedes
que me han seguido también se sentarán en doce
tronos para juzgar a las doce tribus de Israel.
29 Y todo el que haya dejado casas, hermanos,
hermanas, padre, madre, esposa, hijos o tierras
por causa de mi nombre, recibirá cien veces más
y heredará la vida eterna.
30 Pero muchos primeros serán últimos, y
muchos últimos serán primeros.

20

1 Porque el reino de los cielos es semejante a un
dueño de casa que salió muy temprano para
contratar obreros para su viña.

2 Después de ponerse de acuerdo con los
obreros en pagarles un denario por el día, los
envió a su viña.
3 Salió cerca de la hora tercera, y vio a otros que
estaban en la plaza sin trabajo.
4 Les dijo: Vayan también ustedes a mi viña, y
les pagaré lo justo. Y ellos fueron.
5 Volvió a salir cerca de la hora sexta y de la
hora novena, e hizo lo mismo.
6 Cerca de la hora undécima salió y encontró a
otros que estaban sin trabajo. Les dijo: ¿Por qué
han estado aquí todo el día sin trabajar?
7 Ellos le respondieron: Porque nadie nos ha
contratado. Él les dijo: Vayan también ustedes a
la viña.
8 Cuando llegó la tarde, el dueño de la viña dijo
a su encargado: Llama a los obreros y págales su
salario, empezando por los últimos hasta llegar a
los primeros.
9 Cuando llegaron los que habían sido
contratados cerca de la hora undécima, cada uno
recibió un denario.
10 Al venir los primeros, pensaron que
recibirían más; pero ellos también recibieron un
denario cada uno.
11 Al recibirlo, murmuraban contra el dueño de
la casa,
12 diciendo: Estos últimos trabajaron solo una
hora, y los has tratado igual que a nosotros, que
hemos soportado el peso del día y el calor.
13 Pero él respondió a uno de ellos: Amigo, no te
hago ninguna injusticia. ¿No te pusiste de
acuerdo conmigo por un denario?

14 Toma lo que es tuyo y vete. Yo quiero darle a
este último lo mismo que a ti.
15 ¿No tengo derecho de hacer lo que quiero con
lo mío? ¿O tienes envidia porque soy bueno?
16 Así, los últimos serán primeros, y los primeros
serán últimos; porque muchos son llamados, pero
pocos escogidos.
17 Mientras Jesús subía a Jerusalén, tomó aparte
a los doce discípulos y les dijo en el camino:
18 Miren, subimos a Jerusalén. El Hijo del
Hombre será entregado a los principales
sacerdotes y a los escribas, y ellos lo condenarán
a muerte.
19 Lo entregarán a los gentiles para que se
burlen de él, lo azoten y lo crucifiquen; pero al
tercer día resucitará.
20 Entonces se acercó a Jesús la madre de los
hijos de Zebedeo, con sus hijos. Se postró ante él
para pedirle algo.
21 Jesús le dijo: ¿Qué quieres? Ella respondió:
Ordena que en tu reino estos dos hijos míos se
sienten uno a tu derecha y el otro a tu izquierda.
22 Pero Jesús respondió: Ustedes no saben lo
que piden. ¿Pueden beber la copa que yo voy a
beber, y ser bautizados con el bautismo con que
yo soy bautizado? Ellos le dijeron: Podemos.
23 Él les dijo: En verdad beberán de mi copa, y
serán bautizados con el bautismo con que yo soy
bautizado; pero sentarse a mi derecha y a mi
izquierda no me toca a mí darlo, sino que es para
aquellos para quienes mi Padre lo ha preparado.
24 Cuando los otros diez oyeron esto, se
enojaron contra los dos hermanos.

25 Pero Jesús los llamó y dijo: Ustedes saben que
los gobernantes de las naciones se enseñorean de
ellas, y los grandes ejercen autoridad sobre ellas.
26 Pero entre ustedes no será así. Al contrario,
el que quiera hacerse grande entre ustedes
deberá ser su servidor.
27 Y el que quiera ser el primero entre ustedes
deberá ser su siervo,
28 así como el Hijo del Hombre no vino para ser
servido, sino para servir y para dar su vida en
rescate por muchos.
29 Al salir ellos de Jericó, mucha gente lo siguió.
30 Dos ciegos estaban sentados junto al camino.
Cuando oyeron que Jesús pasaba, gritaron: ¡Señor,
Hijo de David, ten misericordia de nosotros!
31 La gente los reprendía para que se callaran,
pero ellos gritaban aún más fuerte: ¡Señor, Hijo de
David, ten misericordia de nosotros!
32 Jesús se detuvo, los llamó y dijo: ¿Qué quieren
que haga por ustedes?
33 Ellos le dijeron: Señor, que nuestros ojos sean
abiertos.
34 Jesús, movido a compasión, les tocó los ojos.
Enseguida recibieron la vista y lo siguieron.

21

1 Cuando se acercaron a Jerusalén y llegaron a
Betfagé, al monte de los Olivos, Jesús envió a dos
discípulos.
2 Les dijo: Vayan a la aldea que está delante de
ustedes. Enseguida encontrarán una burra atada,
y un burrito con ella. Desátenlos y tráiganmelos.

3 Si alguien les dice algo, digan: El Señor los
necesita. Y enseguida los enviará.
4 Todo esto sucedió para que se cumpliera lo
dicho por medio del profeta:
5 Digan a la hija de Sión: Mira, tu Rey viene a ti,
manso, sentado sobre una burra, sobre un
burrito, hijo de animal de carga.
6 Los discípulos fueron e hicieron como Jesús les
mandó.
7 Trajeron la burra y el burrito, pusieron sus
mantos sobre ellos, y Jesús se sentó encima.
8 La mayoría de la multitud tendía sus mantos
en el camino; otros cortaban ramas de los árboles
y las ponían en el camino.
9 La gente que iba delante y la que iba detrás
gritaba: ¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que
viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las
alturas!
10 Cuando Jesús entró en Jerusalén, toda la
ciudad se conmovió y preguntaba: ¿Quién es este?
11 La gente decía: Este es Jesús, el profeta de
Nazaret de Galilea.
12 Jesús entró en el templo de Dios y echó fuera
a todos los que vendían y compraban en el
templo. Volcó las mesas de los cambistas y los
asientos de los que vendían palomas.
13 Les dijo: Está escrito: Mi casa será llamada
casa de oración; pero ustedes la han convertido
en cueva de ladrones.
14 En el templo se acercaron a él ciegos y cojos,
y él los sanó.
15 Pero los principales sacerdotes y los escribas,
al ver las maravillas que hacía y a los niños que

gritaban en el templo: ¡Hosanna al Hijo de David!, se enojaron.
16 Le dijeron: ¿Oyes lo que estos dicen? Jesús les respondió: Sí. ¿Nunca han leído: De la boca de los niños y de los bebés preparaste alabanza?
17 Entonces los dejó, salió de la ciudad a Betania y pasó la noche allí.
18 Por la mañana, cuando volvía a la ciudad, tuvo hambre.
19 Al ver una higuera junto al camino, se acercó a ella, pero no encontró nada sino hojas. Entonces le dijo: Nunca más nazca fruto de ti. Y al instante la higuera se secó.
20 Al ver esto, los discípulos se maravillaron y dijeron: ¿Cómo se secó la higuera al instante?
21 Jesús les respondió: De cierto les digo que, si tienen fe y no dudan, no solo harán lo que se hizo a la higuera, sino que aun si dicen a este monte: Quítate de aquí y échate al mar, así se hará.
22 Y todo lo que pidan en oración, creyendo, lo recibirán.
23 Cuando Jesús entró en el templo, los principales sacerdotes y los ancianos del pueblo se acercaron a él mientras enseñaba y le dijeron: ¿Con qué autoridad haces estas cosas? ¿Y quién te dio esta autoridad?
24 Jesús les respondió: Yo también les haré una pregunta. Si me responden, también yo les diré con qué autoridad hago estas cosas.
25 El bautismo de Juan, ¿de dónde era? ¿Del cielo o de los hombres? Ellos discutían entre sí, diciendo: Si decimos: Del cielo, él nos dirá: ¿Por qué, entonces, no le creyeron?

26 Pero si decimos: De los hombres, tememos a
la gente, porque todos tienen a Juan por profeta.
27 Entonces respondieron a Jesús: No sabemos.
Y él les dijo: Tampoco yo les diré con qué
autoridad hago estas cosas.
28 ¿Qué les parece? Un hombre tenía dos hijos.
Se acercó al primero y le dijo: Hijo, ve hoy a
trabajar en mi viña.
29 Él respondió: No quiero. Pero después se
arrepintió y fue.
30 Luego se acercó al otro y le dijo lo mismo.
Este respondió: Sí, señor, voy. Pero no fue.
31 ¿Cuál de los dos hizo la voluntad de su padre?
Ellos dijeron: El primero. Jesús les dijo: De cierto
les digo que los cobradores de impuestos y las
prostitutas entran antes que ustedes en el reino
de Dios.
32 Porque Juan vino a ustedes por el camino de
la justicia, y no le creyeron; pero los cobradores
de impuestos y las prostitutas le creyeron. Y
ustedes, aun viendo esto, no se arrepintieron
después para creerle.
33 Escuchen otra parábola: Un dueño de casa
plantó una viña, la cercó, cavó en ella un lagar,
construyó una torre, la arrendó a unos
labradores y se fue lejos.
34 Cuando se acercó el tiempo de los frutos,
envió sus siervos a los labradores para recibir
sus frutos.
35 Pero los labradores tomaron a sus siervos; a
uno lo golpearon, a otro lo mataron y a otro lo
apedrearon.

36 De nuevo envió otros siervos, más que los
primeros; e hicieron con ellos lo mismo.
37 Por último, les envió a su hijo, diciendo:
Respetarán a mi hijo.
38 Pero los labradores, al ver al hijo, dijeron
entre sí: Este es el heredero. Vengan, matémoslo y
quedémonos con su herencia.
39 Lo tomaron, lo echaron fuera de la viña y lo
mataron.
40 Entonces, cuando venga el dueño de la viña,
¿qué hará con aquellos labradores?
41 Ellos le dijeron: Destruirá sin misericordia a
esos malvados, y arrendará la viña a otros
labradores que le den los frutos a su tiempo.
42 Jesús les dijo: ¿Nunca leyeron en las
Escrituras: La piedra que desecharon los
constructores ha llegado a ser la piedra principal.
Esto fue hecho por el Señor, y es maravilloso a
nuestros ojos?
43 Por eso les digo que el reino de Dios será
quitado de ustedes y será dado a un pueblo que
produzca sus frutos.
44 El que caiga sobre esta piedra será quebrado;
pero sobre quien ella caiga, lo hará pedazos.
45 Cuando los principales sacerdotes y los
fariseos oyeron sus parábolas, entendieron que
hablaba de ellos.
46 Aunque querían arrestarlo, tenían miedo de
la gente, porque todos lo tenían por profeta.

22

1 Jesús volvió a hablarles en parábolas, diciendo:

2 El reino de los cielos es semejante a un rey
que hizo una fiesta de bodas para su hijo.
3 Envió a sus siervos a llamar a los invitados a
la boda, pero ellos no quisieron venir.
4 De nuevo envió otros siervos, diciendo: Digan
a los invitados: Ya preparé mi comida; mis toros
y animales engordados han sido matados, y todo
está listo. Vengan a la boda.
5 Pero ellos no hicieron caso y se fueron: uno a
su campo, otro a su negocio.
6 Los demás tomaron a los siervos, los
maltrataron y los mataron.
7 Al oírlo, el rey se enojó. Envió sus ejércitos,
destruyó a aquellos asesinos y quemó su ciudad.
8 Entonces dijo a sus siervos: La boda está lista,
pero los invitados no eran dignos.
9 Vayan, pues, a las salidas de los caminos, y
llamen a la boda a todos los que encuentren.
10 Aquellos siervos salieron por los caminos y
reunieron a todos los que encontraron, malos y
buenos. Y la sala de la boda se llenó de invitados.
11 Cuando el rey entró para ver a los invitados,
vio allí a un hombre que no llevaba ropa de boda.
12 Le dijo: Amigo, ¿cómo entraste aquí sin ropa
de boda? Pero él se quedó callado.
13 Entonces el rey dijo a los sirvientes: Átenlo de
pies y manos, y échenlo a la oscuridad de afuera.
Allí habrá llanto y crujir de dientes.
14 Porque muchos son llamados, pero pocos
escogidos.
15 Entonces los fariseos se fueron y planearon
cómo atrapar a Jesús en sus palabras.

16 Le enviaron sus discípulos junto con los
herodianos, diciendo: Maestro, sabemos que eres
verdadero, que enseñas con verdad el camino de
Dios y que no buscas agradar a nadie, porque no
miras la apariencia de las personas.
17 Dinos, pues, qué te parece: ¿Está permitido
pagar impuesto a César, o no?
18 Pero Jesús, conociendo su maldad, dijo:
Hipócritas, ¿por qué me ponen a prueba?
19 Muéstrenme la moneda del impuesto. Ellos le
trajeron un denario.
20 Él les dijo: ¿De quién es esta imagen y esta
inscripción?
21 Le dijeron: De César. Entonces les dijo: Den,
pues, a César lo que es de César, y a Dios lo que es
de Dios.
22 Al oír esto, se maravillaron; y dejándolo, se
fueron.
23 Aquel mismo día se acercaron a él unos
saduceos, que dicen que no hay resurrección, y le
preguntaron:
24 Maestro, Moisés dijo: Si un hombre muere
sin tener hijos, su hermano debe casarse con la
viuda y levantar descendencia a su hermano.
25 Había entre nosotros siete hermanos. El
primero se casó, y murió. Como no tuvo hijos,
dejó su esposa a su hermano.
26 Lo mismo pasó con el segundo, el tercero, y
así hasta el séptimo.
27 Después de todos, murió también la mujer.
28 En la resurrección, ¿de cuál de los siete será
esposa? Porque todos la tuvieron.

29 Jesús les respondió: Ustedes están
equivocados, porque no conocen las Escrituras ni
el poder de Dios.
30 Porque en la resurrección no se casan ni se
dan en casamiento, sino que son como los ángeles
de Dios en el cielo.
31 Pero acerca de la resurrección de los
muertos, ¿no han leído lo que Dios les dijo:
32 Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y
el Dios de Jacob? Dios no es Dios de muertos, sino
de vivos.
33 Al oír esto, la gente se asombraba de su
enseñanza.
34 Cuando los fariseos oyeron que Jesús había
hecho callar a los saduceos, se reunieron.
35 Uno de ellos, intérprete de la Ley, le preguntó
para ponerlo a prueba:
36 Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento de la
Ley?
37 Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo
tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente.
38 Este es el primero y gran mandamiento.
39 Y el segundo es semejante: Amarás a tu
prójimo como a ti mismo.
40 De estos dos mandamientos dependen toda
la Ley y los Profetas.
41 Mientras los fariseos estaban reunidos, Jesús
les preguntó:
42 ¿Qué piensan ustedes acerca del Cristo? ¿De
quién es hijo? Ellos le respondieron: De David.
43 Él les dijo: Entonces, ¿cómo es que David, por
el Espíritu, lo llama Señor, diciendo:

44 Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi
derecha, hasta que ponga a tus enemigos debajo
de tus pies?
45 Pues si David lo llama Señor, ¿cómo es su hijo?
46 Nadie pudo responderle palabra. Y desde
aquel día nadie se atrevió a hacerle más
preguntas.

23

1 Entonces Jesús habló a la gente y a sus
discípulos,
2 diciendo: Los escribas y los fariseos se sientan
en la cátedra de Moisés.
3 Así que todo lo que les digan que guarden,
guárdenlo y háganlo; pero no hagan conforme a
sus obras, porque ellos dicen y no hacen.
4 Atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las
ponen sobre los hombros de la gente; pero ellos
ni con un dedo quieren moverlas.
5 Hacen todas sus obras para ser vistos por la
gente. Ensanchan sus filacterias y alargan los
flecos de sus mantos.
6 Aman los primeros lugares en las fiestas, los
mejores asientos en las sinagogas,
7 los saludos respetuosos en las plazas, y que la
gente los llame: Maestro, Maestro.
8 Pero ustedes no quieran ser llamados
Maestro, porque uno solo es su Maestro, el Cristo,
y todos ustedes son hermanos.
9 No llamen padre a nadie en la tierra, porque
uno solo es su Padre, el que está en los cielos.
10 Tampoco quieran ser llamados guías, porque
uno solo es su Guía, el Cristo.

11 El mayor de ustedes será su servidor.
12 El que se enaltece será humillado, y el que se
humilla será enaltecido.
13 ¡Ay de ustedes, escribas y fariseos, hipócritas!
Porque cierran el reino de los cielos delante de la
gente. Ustedes no entran, ni dejan entrar a los
que quieren entrar.
14 ¡Ay de ustedes, escribas y fariseos, hipócritas!
Porque devoran las casas de las viudas, y para
disimular hacen largas oraciones. Por eso
recibirán mayor condenación.
15 ¡Ay de ustedes, escribas y fariseos, hipócritas!
Porque recorren mar y tierra para hacer un
discípulo; y cuando lo logran, lo hacen dos veces
más hijo del infierno que ustedes.
16 ¡Ay de ustedes, guías ciegos! Ustedes dicen: Si
alguien jura por el templo, no importa; pero si
alguien jura por el oro del templo, queda
obligado.
17 ¡Necios y ciegos! ¿Qué es mayor: el oro, o el
templo que santifica el oro?
18 También dicen: Si alguien jura por el altar, no
importa; pero si alguien jura por la ofrenda que
está sobre él, queda obligado.
19 ¡Ciegos! ¿Qué es mayor: la ofrenda, o el altar
que santifica la ofrenda?
20 Por tanto, el que jura por el altar, jura por él y
por todo lo que está sobre él.
21 El que jura por el templo, jura por él y por
aquel que lo habita.
22 Y el que jura por el cielo, jura por el trono de
Dios y por aquel que está sentado en él.

23 ¡Ay de ustedes, escribas y fariseos, hipócritas!
Porque dan el diezmo de la menta, del eneldo y
del comino, pero dejan lo más importante de la
Ley: la justicia, la misericordia y la fe. Esto era
necesario hacer, sin dejar de hacer lo otro.
24 ¡Guías ciegos, que cuelan el mosquito, pero se
tragan el camello!
25 ¡Ay de ustedes, escribas y fariseos, hipócritas!
Porque limpian por fuera el vaso y el plato, pero
por dentro están llenos de robo y de injusticia.
26 Fariseo ciego, limpia primero lo de dentro
del vaso y del plato, para que también lo de fuera
quede limpio.
27 ¡Ay de ustedes, escribas y fariseos, hipócritas!
Porque son como sepulcros blanqueados, que
por fuera se ven hermosos, pero por dentro están
llenos de huesos de muertos y de toda impureza.
28 Así también ustedes, por fuera, parecen
justos ante la gente; pero por dentro están llenos
de hipocresía y maldad.
29 ¡Ay de ustedes, escribas y fariseos, hipócritas!
Porque construyen sepulcros para los profetas y
adornan los monumentos de los justos,
30 y dicen: Si hubiéramos vivido en los días de
nuestros padres, no habríamos participado con
ellos en derramar la sangre de los profetas.
31 Así ustedes dan testimonio contra sí mismos
de que son hijos de los que mataron a los
profetas.
32 ¡Terminen, pues, de llenar la medida de sus
padres!

33 ¡Serpientes, hijos de serpientes! ¿Cómo
escaparán de la condenación del infierno?
34 Por eso, yo les envío profetas, sabios y
escribas. A unos los matarán y los crucificarán; a
otros los azotarán en sus sinagogas y los
perseguirán de ciudad en ciudad.
35 Así vendrá sobre ustedes toda la sangre justa
derramada sobre la tierra, desde la sangre de
Abel el justo hasta la sangre de Zacarías, hijo de
Berequías, a quien ustedes mataron entre el
templo y el altar.
36 De cierto les digo que todo esto vendrá sobre
esta generación.
37 ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas
y apedreas a los que te son enviados! Cuántas
veces quise juntar a tus hijos, como la gallina
junta a sus pollitos debajo de sus alas, pero no
quisiste.
38 Miren, su casa les queda desierta.
39 Porque les digo que desde ahora no me verán
más, hasta que digan: Bendito el que viene en el
nombre del Señor.

24

1 Jesús salió del templo y se iba. Entonces sus
discípulos se acercaron para mostrarle los
edificios del templo.
2 Pero él les dijo: ¿Ven todo esto? De cierto les
digo que no quedará aquí piedra sobre piedra
que no sea derribada.
3 Mientras Jesús estaba sentado en el monte de
los Olivos, los discípulos se acercaron a él en
privado y le dijeron: Dinos, ¿cuándo sucederán

estas cosas? ¿Y cuál será la señal de tu venida y
del fin del mundo?
4 Jesús les respondió: Cuídense de que nadie los
engañe.
5 Porque muchos vendrán en mi nombre,
diciendo: Yo soy el Cristo, y engañarán a muchos.
6 Ustedes oirán de guerras y rumores de
guerras. Miren que no se alarmen, porque es
necesario que todo esto suceda; pero todavía no
es el fin.
7 Porque se levantará nación contra nación, y
reino contra reino. Habrá hambres, pestes y
terremotos en diferentes lugares.
8 Pero todo esto es solo el principio de los
dolores.
9 Entonces los entregarán a sufrimiento y los
matarán. Serán odiados por todas las naciones
por causa de mi nombre.
10 Muchos tropezarán; se entregarán unos a
otros y se odiarán unos a otros.
11 Se levantarán muchos falsos profetas y
engañarán a muchos.
12 Y por haberse multiplicado la maldad, el
amor de muchos se enfriará.
13 Pero el que persevere hasta el fin será salvo.
14 Y estas buenas noticias del reino serán
predicadas en todo el mundo, como testimonio a
todas las naciones; y entonces vendrá el fin.
15 Por tanto, cuando vean en el lugar santo la
abominación desoladora de la que habló el
profeta Daniel, el que lee, entienda,
16 entonces los que estén en Judea huyan a los
montes.

17 El que esté en la azotea no baje para sacar
algo de su casa.
18 Y el que esté en el campo no vuelva atrás
para tomar su manto.
19 ¡Ay de las mujeres que estén embarazadas y
de las que estén criando en aquellos días!
20 Oren para que su huida no sea en invierno ni
en día de reposo.
21 Porque entonces habrá gran tribulación,
como no la ha habido desde el principio del
mundo hasta ahora, ni la habrá.
22 Si aquellos días no fueran acortados, nadie
sería salvo; pero por causa de los escogidos,
aquellos días serán acortados.
23 Entonces, si alguien les dice: Miren, aquí está
el Cristo, o: Allí está, no le crean.
24 Porque se levantarán falsos cristos y falsos
profetas, y harán grandes señales y maravillas, de
tal manera que, si fuera posible, engañarían aun a
los escogidos.
25 Miren, se los he dicho de antemano.
26 Así que, si les dicen: Miren, está en el
desierto, no salgan; o: Miren, está en los cuartos
interiores, no lo crean.
27 Porque así como el relámpago sale del oriente
y se ve hasta el occidente, así será la venida del
Hijo del Hombre.
28 Donde esté el cadáver, allí se juntarán los
buitres.
29 Inmediatamente después de la tribulación de
aquellos días, el sol se oscurecerá, la luna no dará
su luz, las estrellas caerán del cielo y los poderes
de los cielos serán sacudidos.

30 Entonces aparecerá en el cielo la señal del
Hijo del Hombre. Todas las tribus de la tierra se
lamentarán, y verán al Hijo del Hombre venir
sobre las nubes del cielo con poder y gran gloria.
31 Él enviará a sus ángeles con gran voz de
trompeta, y reunirán a sus escogidos de los cuatro
vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro.
32 Aprendan de la higuera esta parábola:
cuando su rama se pone tierna y brotan las hojas,
ustedes saben que el verano está cerca.
33 Así también ustedes, cuando vean todas estas
cosas, sepan que él está cerca, a las puertas.
34 De cierto les digo que no pasará esta
generación hasta que todo esto suceda.
35 El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras
no pasarán.
36 Pero nadie sabe el día ni la hora, ni siquiera
los ángeles de los cielos, ni el Hijo, sino solo mi
Padre.
37 Como fueron los días de Noé, así será también
la venida del Hijo del Hombre.
38 Porque en los días antes del diluvio la gente
comía, bebía, se casaba y daba en casamiento,
hasta el día en que Noé entró en el arca.
39 No entendieron hasta que vino el diluvio y se
los llevó a todos. Así será también la venida del
Hijo del Hombre.
40 Entonces dos estarán en el campo; uno será
tomado, y el otro será dejado.
41 Dos mujeres estarán moliendo en un molino;
una será tomada, y la otra será dejada.
42 Velen, pues, porque no saben a qué hora
viene su Señor.

43 Pero sepan esto: si el dueño de la casa
supiera a qué hora vendría el ladrón, velaría y no
permitiría que entraran en su casa.
44 Por eso ustedes también estén preparados,
porque el Hijo del Hombre vendrá a la hora que
no esperan.
45 ¿Quién es, entonces, el siervo fiel y sabio, a
quien su señor puso sobre los de su casa para
darles el alimento a su tiempo?
46 Dichoso aquel siervo a quien su señor,
cuando venga, encuentre haciendo así.
47 De cierto les digo que lo pondrá sobre todos
sus bienes.
48 Pero si aquel siervo malo dice en su corazón:
Mi señor tarda en venir,
49 y comienza a golpear a sus compañeros, y a
comer y beber con los borrachos,
50 el señor de aquel siervo vendrá en un día que
no espera, y a una hora que no sabe.
51 Lo castigará con dureza y le dará su parte con
los hipócritas. Allí habrá llanto y crujir de dientes.

25

1 Entonces el reino de los cielos será semejante
a diez vírgenes que tomaron sus lámparas y
salieron a recibir al esposo.
2 Cinco de ellas eran prudentes, y cinco
insensatas.
3 Las insensatas tomaron sus lámparas, pero no
llevaron aceite consigo.
4 En cambio, las prudentes llevaron aceite en
sus vasijas, junto con sus lámparas.

5 Como el esposo tardaba, todas tuvieron sueño
y se durmieron.
6 A medianoche se oyó un grito: ¡Aquí viene el
esposo! ¡Salgan a recibirlo!
7 Entonces todas aquellas vírgenes se
levantaron y prepararon sus lámparas.
8 Las insensatas dijeron a las prudentes:
Dennos de su aceite, porque nuestras lámparas se
apagan.
9 Pero las prudentes respondieron: No, porque
tal vez no alcance para nosotras y para ustedes.
Vayan más bien a los que venden, y compren
para ustedes.
10 Mientras ellas iban a comprar, llegó el
esposo. Las que estaban preparadas entraron
con él a la boda, y la puerta se cerró.
11 Después llegaron también las otras vírgenes y
dijeron: ¡Señor, Señor, ábrenos!
12 Pero él respondió: De cierto les digo que no
las conozco.
13 Velen, pues, porque no saben el día ni la hora
en que el Hijo del Hombre vendrá.
14 Porque el reino es como un hombre que, al
emprender un viaje, llamó a sus siervos y les
encargó sus bienes.
15 A uno le dio cinco talentos; a otro, dos; y a
otro, uno; a cada uno según su capacidad. Luego
se fue de viaje.
16 El que había recibido cinco talentos fue
enseguida, negoció con ellos y ganó otros cinco
talentos.
17 De la misma manera, el que había recibido
dos ganó otros dos.

18 Pero el que había recibido uno fue, cavó un
hoyo en la tierra y escondió el dinero de su señor.
19 Después de mucho tiempo, volvió el señor de
aquellos siervos y arregló cuentas con ellos.
20 El que había recibido cinco talentos se acercó
y trajo otros cinco talentos, diciendo: Señor, me
entregaste cinco talentos; mira, he ganado otros
cinco talentos.
21 Su señor le dijo: Bien hecho, siervo bueno y
fiel. Sobre poco has sido fiel; sobre mucho te
pondré. Entra en el gozo de tu señor.
22 También se acercó el que había recibido dos
talentos y dijo: Señor, me entregaste dos talentos;
mira, he ganado otros dos talentos.
23 Su señor le dijo: Bien hecho, siervo bueno y
fiel. Sobre poco has sido fiel; sobre mucho te
pondré. Entra en el gozo de tu señor.
24 Luego se acercó el que había recibido un
talento y dijo: Señor, yo sabía que eres un hombre
duro, que cosechas donde no sembraste y
recoges donde no esparciste.
25 Por eso tuve miedo, fui y escondí tu talento
en la tierra. Mira, aquí tienes lo que es tuyo.
26 Pero su señor le respondió: Siervo malo y
perezoso, sabías que cosecho donde no sembré y
recojo donde no esparcí.
27 Por eso debías haber puesto mi dinero con
los banqueros, y al volver yo habría recibido lo
mío con intereses.
28 Quítenle, pues, el talento y dénselo al que
tiene diez talentos.

29 Porque a todo el que tiene, se le dará más, y
tendrá en abundancia; pero al que no tiene, aun
lo que tiene le será quitado.
30 Y al siervo inútil échenlo a la oscuridad de
afuera. Allí habrá llanto y crujir de dientes.
31 Cuando el Hijo del Hombre venga en su
gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces
se sentará en su trono de gloria.
32 Todas las naciones serán reunidas delante de
él, y él separará a unos de otros, como el pastor
separa las ovejas de los cabritos.
33 Pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos
a su izquierda.
34 Entonces el Rey dirá a los de su derecha:
Vengan, benditos de mi Padre. Hereden el reino
preparado para ustedes desde la fundación del
mundo.
35 Porque tuve hambre, y ustedes me dieron de
comer; tuve sed, y me dieron de beber; fui
forastero, y me recibieron;
36 estuve desnudo, y me vistieron; estuve
enfermo, y me visitaron; estuve en la cárcel, y
vinieron a mí.
37 Entonces los justos le responderán: Señor,
¿cuándo te vimos con hambre y te dimos de
comer, o con sed y te dimos de beber?
38 ¿Cuándo te vimos forastero y te recibimos, o
desnudo y te vestimos?
39 ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y
fuimos a verte?
40 El Rey les responderá: De cierto les digo que,
en cuanto lo hicieron a uno de estos mis
hermanos más pequeños, a mí me lo hicieron.

41 Entonces dirá también a los de la izquierda:
Apártense de mí, malditos, al fuego eterno
preparado para el diablo y sus ángeles.
42 Porque tuve hambre, y no me dieron de
comer; tuve sed, y no me dieron de beber;
43 fui forastero, y no me recibieron; estuve
desnudo, y no me vistieron; enfermo y en la
cárcel, y no me visitaron.
44 Entonces ellos también responderán: Señor,
¿cuándo te vimos con hambre, o con sed, o
forastero, o desnudo, o enfermo, o en la cárcel, y
no te servimos?
45 Entonces él les responderá: De cierto les digo
que, en cuanto no lo hicieron a uno de estos más
pequeños, tampoco a mí me lo hicieron.
46 Estos irán al castigo eterno, pero los justos a
la vida eterna.

26

1 Cuando Jesús terminó de decir todas estas
palabras, dijo a sus discípulos:
2 Ustedes saben que dentro de dos días es la
Pascua, y el Hijo del Hombre será entregado para
ser crucificado.
3 Entonces los principales sacerdotes, los
escribas y los ancianos del pueblo se reunieron
en el patio del sumo sacerdote, llamado Caifás.
4 Allí hicieron planes para arrestar a Jesús con
engaño y matarlo.
5 Pero decían: No durante la fiesta, para que no
haya alboroto entre el pueblo.
6 Jesús estaba en Betania, en casa de Simón el
leproso.

7 Entonces se acercó a él una mujer con un
frasco de alabastro lleno de perfume muy
costoso, y lo derramó sobre la cabeza de Jesús
mientras él estaba sentado a la mesa.
8 Al ver esto, los discípulos se enojaron y
dijeron: ¿Para qué este desperdicio?
9 Este perfume pudo haberse vendido por
mucho dinero y dado a los pobres.
10 Pero Jesús, al saberlo, les dijo: ¿Por qué
molestan a esta mujer? Ella ha hecho una buena
obra conmigo.
11 Porque a los pobres siempre los tendrán con
ustedes, pero a mí no siempre me tendrán.
12 Al derramar este perfume sobre mi cuerpo,
ella lo hizo para prepararme para la sepultura.
13 De cierto les digo que, dondequiera que se
predique estas buenas noticias en todo el mundo,
también se contará lo que ella hizo, en memoria
de ella.
14 Entonces uno de los doce, llamado Judas
Iscariote, fue a los principales sacerdotes
15 y les dijo: ¿Qué me darán si se lo entrego?
Ellos le pesaron treinta monedas de plata.
16 Desde entonces Judas buscaba una
oportunidad para entregar a Jesús.
17 El primer día de los panes sin levadura, los
discípulos se acercaron a Jesús y le dijeron: ¿Dónde
quieres que preparemos para que comas la
Pascua?
18 Él les dijo: Vayan a la ciudad, a cierto
hombre, y díganle: El Maestro dice: Mi tiempo
está cerca; celebraré la Pascua en tu casa con mis
discípulos.

19 Los discípulos hicieron como Jesús les mandó,
y prepararon la Pascua.
20 Al anochecer, Jesús estaba sentado a la mesa
con los doce.
21 Mientras comían, dijo: De cierto les digo que
uno de ustedes me va a traicionar.
22 Ellos se entristecieron mucho, y cada uno
comenzó a decirle: ¿Soy yo, Señor?
23 Él respondió: El que mete la mano conmigo
en el plato, ese me va a traicionar.
24 El Hijo del Hombre va, tal como está escrito
de él; pero ¡ay de aquel hombre por medio de
quien el Hijo del Hombre es traicionado! Mejor le
habría sido a ese hombre no haber nacido.
25 Entonces Judas, el que lo traicionaba,
respondió: ¿Soy yo, Maestro? Jesús le dijo: Tú lo
has dicho.
26 Mientras comían, Jesús tomó pan, lo bendijo,
lo partió y lo dio a sus discípulos, diciendo:
Tomen, coman; esto es mi cuerpo.
27 Luego tomó una copa, dio gracias y se la dio,
diciendo: Beban de ella todos,
28 porque esto es mi sangre del nuevo pacto,
que es derramada por muchos para perdón de
pecados.
29 Les digo que desde ahora no beberé más de
este fruto de la vid, hasta aquel día cuando lo
beba nuevo con ustedes en el reino de mi Padre.
30 Después de cantar un himno, salieron al
monte de los Olivos.
31 Entonces Jesús les dijo: Esta noche todos
ustedes tropezarán por causa de mí, porque está

escrito: Heriré al pastor, y las ovejas del rebaño serán dispersadas.

32 Pero después de resucitar, iré delante de ustedes a Galilea.

33 Pedro le respondió: Aunque todos tropiecen por causa de ti, yo nunca tropezaré.

34 Jesús le dijo: De cierto te digo que esta noche, antes de que cante el gallo, me negarás tres veces.

35 Pedro le dijo: Aunque tenga que morir contigo, no te negaré. Y todos los discípulos dijeron lo mismo.

36 Entonces Jesús fue con ellos a un lugar llamado Getsemaní, y dijo a sus discípulos: Siéntense aquí, mientras voy allá a orar.

37 Tomó consigo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, y comenzó a entristecerse y angustiarse mucho.

38 Entonces les dijo: Mi alma está muy triste, hasta la muerte. Quédense aquí y velen conmigo.

39 Jesús se adelantó un poco, se postró sobre su rostro y oró: Padre mío, si es posible, que pase de mí esta copa; pero no se haga como yo quiero, sino como tú quieres.

40 Luego volvió a sus discípulos y los encontró durmiendo. Entonces dijo a Pedro: ¿Así que no pudieron velar conmigo ni una hora?

41 Velen y oren, para que no entren en tentación. El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil.

42 Se fue por segunda vez y oró: Padre mío, si esta copa no puede pasar de mí sin que yo la beba, hágase tu voluntad.

43 Volvió otra vez y los encontró durmiendo,
porque tenían los ojos cargados de sueño.
44 Entonces los dejó, se fue de nuevo y oró por
tercera vez, diciendo las mismas palabras.
45 Luego volvió a sus discípulos y les dijo:
¿Todavía duermen y descansan? Miren, la hora se
acerca, y el Hijo del Hombre es entregado en
manos de pecadores.
46 Levántense, vamos. Miren, se acerca el que
me traiciona.
47 Mientras Jesús todavía hablaba, llegó Judas,
uno de los doce. Con él venía mucha gente
armada con espadas y palos, enviada por los
principales sacerdotes y los ancianos del pueblo.
48 El que lo traicionaba les había dado una
señal, diciendo: Al que yo bese, ese es; arréstenlo.
49 Enseguida se acercó a Jesús y dijo: ¡Saludos,
Maestro! Y lo besó.
50 Jesús le dijo: Amigo, haz aquello por lo que
viniste. Entonces se acercaron, echaron mano a
Jesús y lo arrestaron.
51 Uno de los que estaban con Jesús extendió la
mano, sacó su espada, hirió al siervo del sumo
sacerdote y le cortó una oreja.
52 Entonces Jesús le dijo: Vuelve tu espada a su
lugar, porque todos los que toman la espada
morirán por la espada.
53 ¿Acaso piensas que no puedo rogar ahora a
mi Padre, y él me enviaría más de doce legiones
de ángeles?
54 Pero entonces, ¿cómo se cumplirían las
Escrituras, que dicen que así debe suceder?

55 En aquella hora, Jesús dijo a la multitud: ¿Han
salido con espadas y palos para arrestarme como
si yo fuera un ladrón? Cada día me sentaba con
ustedes enseñando en el templo, y no me
arrestaron.
56 Pero todo esto sucedió para que se
cumplieran las Escrituras de los profetas.
Entonces todos los discípulos lo dejaron y
huyeron.
57 Los que arrestaron a Jesús lo llevaron ante
Caifás, el sumo sacerdote, donde estaban
reunidos los escribas y los ancianos.
58 Pero Pedro lo siguió de lejos hasta el patio del
sumo sacerdote. Entró y se sentó con los guardias
para ver el final.
59 Los principales sacerdotes, los ancianos y
todo el concilio buscaban falso testimonio contra
Jesús, para darle muerte.
60 Pero no lo encontraron, aunque se
presentaron muchos testigos falsos. Por fin se
acercaron dos testigos falsos
61 y dijeron: Este dijo: Puedo destruir el templo
de Dios y reconstruirlo en tres días.
62 Entonces el sumo sacerdote se levantó y le
dijo: ¿No respondes nada? ¿Qué testifican estos
contra ti?
63 Pero Jesús guardó silencio. Entonces el sumo
sacerdote le dijo: Te ordeno, por el Dios viviente,
que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios.
64 Jesús le dijo: Tú lo has dicho. Además les digo
que desde ahora verán al Hijo del Hombre
sentado a la derecha del Poder, y viniendo sobre
las nubes del cielo.

65 Entonces el sumo sacerdote rasgó sus
vestiduras y dijo: ¡Ha blasfemado! ¿Qué
necesidad tenemos ya de testigos? Ahora ustedes
han oído su blasfemia.
66 ¿Qué les parece? Ellos respondieron: Es
digno de muerte.
67 Entonces le escupieron en el rostro y le
dieron puñetazos; otros lo abofeteaban,
68 diciendo: Profetízanos, Cristo. ¿Quién te
golpeó?
69 Pedro estaba sentado afuera, en el patio. Una
criada se le acercó y le dijo: Tú también estabas
con Jesús el galileo.
70 Pero él lo negó delante de todos, diciendo: No
sé de qué hablas.
71 Cuando salió a la entrada, otra criada lo vio y
dijo a los que estaban allí: Este también estaba
con Jesús de Nazaret.
72 Pero él negó otra vez con juramento: No
conozco a ese hombre.
73 Poco después, los que estaban allí se
acercaron y dijeron a Pedro: De verdad tú
también eres de ellos, porque tu manera de
hablar te descubre.
74 Entonces él comenzó a maldecir y a jurar: No
conozco a ese hombre. Y enseguida cantó el gallo.
75 Entonces Pedro se acordó de las palabras de
Jesús, que le había dicho: Antes de que cante el
gallo, me negarás tres veces. Y salió afuera y lloró
amargamente.

27

1 Cuando llegó la mañana, todos los principales
sacerdotes y los ancianos del pueblo hicieron
planes contra Jesús para darle muerte.
2 Lo ataron, lo llevaron y lo entregaron a
Poncio Pilato, el gobernador.
3 Entonces Judas, el que lo había traicionado, al
ver que Jesús había sido condenado, se arrepintió
y devolvió las treinta monedas de plata a los
principales sacerdotes y a los ancianos.
4 Dijo: He pecado, porque entregué sangre
inocente. Pero ellos dijeron: ¿Qué nos importa a
nosotros? Eso es asunto tuyo.
5 Judas arrojó las monedas de plata en el
templo, salió y fue a ahorcarse.
6 Los principales sacerdotes tomaron las
monedas de plata y dijeron: No está permitido
ponerlas en el tesoro del templo, porque son
precio de sangre.
7 Después de ponerse de acuerdo, compraron
con ellas el campo del alfarero, para sepultar allí
a los extranjeros.
8 Por eso aquel campo se llama Campo de
Sangre hasta el día de hoy.
9 Así se cumplió lo dicho por medio del profeta
Jeremías: Tomaron las treinta monedas de plata,
el precio del que fue valorado, a quien algunos de
los hijos de Israel pusieron precio,
10 y las dieron por el campo del alfarero, como
me ordenó el Señor.
11 Jesús estaba delante del gobernador, y el
gobernador le preguntó: ¿Eres tú el Rey de los
judíos? Jesús le respondió: Tú lo dices.

12 Pero cuando los principales sacerdotes y los
ancianos lo acusaban, no respondió nada.
13 Entonces Pilato le dijo: ¿No oyes cuántas cosas
testifican contra ti?
14 Pero Jesús no le respondió ni una sola
palabra, de modo que el gobernador se
maravillaba mucho.
15 En la fiesta, el gobernador acostumbraba
soltar al pueblo un preso, el que ellos quisieran.
16 En ese tiempo tenían un preso famoso
llamado Barrabás.
17 Cuando estaban reunidos, Pilato les
preguntó: ¿A quién quieren que les suelte: a
Barrabás, o a Jesús, llamado el Cristo?
18 Porque sabía que por envidia lo habían
entregado.
19 Mientras Pilato estaba sentado en el tribunal,
su esposa le mandó decir: No tengas nada que
ver con ese justo, porque hoy he sufrido mucho
en sueños por causa de él.
20 Pero los principales sacerdotes y los
ancianos convencieron a la gente para que
pidiera a Barrabás y diera muerte a Jesús.
21 El gobernador les preguntó: ¿A cuál de los dos
quieren que les suelte? Ellos dijeron: A Barrabás.
22 Pilato les dijo: ¿Qué haré entonces con Jesús,
llamado el Cristo? Todos le dijeron: ¡Sea
crucificado!
23 El gobernador dijo: ¿Pues qué mal ha hecho?
Pero ellos gritaban aún más fuerte: ¡Sea
crucificado!
24 Cuando Pilato vio que no lograba nada, sino
que el alboroto crecía, tomó agua y se lavó las

manos delante del pueblo, diciendo: Soy inocente
de la sangre de este justo. Ustedes verán.
25 Todo el pueblo respondió: Que su sangre
caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos.
26 Entonces les soltó a Barrabás. Después
mandó azotar a Jesús y lo entregó para que fuera
crucificado.
27 Entonces los soldados del gobernador
llevaron a Jesús al palacio y reunieron alrededor
de él a toda la tropa.
28 Le quitaron la ropa y le pusieron un manto
rojo.
29 Trenzaron una corona de espinas, se la
pusieron sobre la cabeza, y le pusieron una caña
en la mano derecha. Luego se arrodillaban
delante de él y se burlaban, diciendo: ¡Viva el Rey
de los judíos!
30 Le escupían, tomaban la caña y le golpeaban
la cabeza.
31 Después de burlarse de él, le quitaron el
manto, le pusieron su propia ropa y lo llevaron
para crucificarlo.
32 Al salir, encontraron a un hombre de Cirene
llamado Simón, y lo obligaron a llevar la cruz de
Jesús.
33 Cuando llegaron al lugar llamado Gólgota,
que significa Lugar de la Calavera,
34 le dieron a beber vino mezclado con hiel;
pero después de probarlo, no quiso beberlo.
35 Después de crucificarlo, repartieron su ropa
echando suertes.
36 Luego se sentaron allí para vigilarlo.

37 Sobre su cabeza pusieron escrita la causa de
su condena: ESTE ES JESÚS, EL REY DE LOS
JUDÍOS.
38 También crucificaron con él a dos ladrones,
uno a su derecha y otro a su izquierda.
39 Los que pasaban lo insultaban, moviendo la
cabeza
40 y diciendo: Tú que destruyes el templo y en
tres días lo reconstruyes, sálvate a ti mismo. Si
eres Hijo de Dios, baja de la cruz.
41 De la misma manera, los principales
sacerdotes, junto con los escribas, los fariseos y
los ancianos, se burlaban de él y decían:
42 A otros salvó, pero a sí mismo no se puede
salvar. Si es el Rey de Israel, que baje ahora de la
cruz, y creeremos en él.
43 Confió en Dios; que Dios lo libre ahora, si de
verdad lo quiere, porque dijo: Soy Hijo de Dios.
44 También los ladrones que estaban
crucificados con él lo insultaban de la misma
manera.
45 Desde la hora sexta hubo oscuridad sobre
toda la tierra hasta la hora novena.
46 Cerca de la hora novena, Jesús clamó a gran
voz: Elí, Elí, ¿lama sabactani? Esto significa: Dios
mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?
47 Algunos de los que estaban allí, al oírlo,
decían: Este llama a Elías.
48 Enseguida uno de ellos corrió, tomó una
esponja, la llenó de vinagre, la puso en una caña y
le dio de beber.
49 Pero los otros decían: Déjalo; veamos si viene
Elías a salvarlo.

50 Jesús volvió a clamar a gran voz, y entregó su espíritu.
51 Entonces la cortina del templo se rasgó en
dos, de arriba abajo; la tierra tembló, y las rocas
se partieron.
52 Los sepulcros se abrieron, y muchos cuerpos
de santos que habían dormido fueron
resucitados.
53 Después de la resurrección de Jesús, salieron
de los sepulcros, entraron en la ciudad santa y se
aparecieron a muchos.
54 Cuando el centurión y los que con él
vigilaban a Jesús vieron el terremoto y las cosas
que sucedieron, tuvieron mucho miedo y
dijeron: Verdaderamente este era Hijo de Dios.
55 También estaban allí muchas mujeres,
mirando de lejos. Ellas habían seguido a Jesús
desde Galilea, sirviéndole.
56 Entre ellas estaban María Magdalena, María
la madre de Jacobo y de José, y la madre de los
hijos de Zebedeo.
57 Al anochecer, vino un hombre rico de
Arimatea llamado José, quien también era
discípulo de Jesús.
58 José fue a Pilato y pidió el cuerpo de Jesús.
Entonces Pilato mandó que se lo dieran.
59 José tomó el cuerpo, lo envolvió en una
sábana limpia de lino
60 y lo puso en su sepulcro nuevo, que había
cavado en la roca. Luego hizo rodar una gran
piedra a la entrada del sepulcro y se fue.
61 María Magdalena y la otra María estaban allí,
sentadas frente al sepulcro.

62 Al día siguiente, después del día de la
preparación, los principales sacerdotes y los
fariseos se reunieron ante Pilato
63 y dijeron: Señor, recordamos que aquel
engañador dijo mientras vivía: Después de tres
días resucitaré.
64 Por eso, manda asegurar el sepulcro hasta el
tercer día, no sea que sus discípulos vengan de
noche, roben el cuerpo y digan al pueblo: Ha
resucitado de entre los muertos. Entonces el
último engaño será peor que el primero.
65 Pilato les dijo: Ahí tienen una guardia. Vayan
y asegúrenlo como sepan.
66 Ellos fueron, aseguraron el sepulcro,
sellaron la piedra y dejaron allí la guardia.

28

1 Después del día de reposo, al amanecer del
primer día de la semana, María Magdalena y la
otra María fueron a ver el sepulcro.
2 Entonces hubo un gran terremoto, porque un
ángel del Señor bajó del cielo, se acercó, hizo
rodar la piedra y se sentó sobre ella.
3 Su aspecto era como un relámpago, y su ropa
era blanca como la nieve.
4 Por miedo a él, los guardias temblaron y
quedaron como muertos.
5 Pero el ángel dijo a las mujeres: No tengan
miedo, porque sé que buscan a Jesús, el que fue
crucificado.
6 No está aquí, porque ha resucitado, como dijo.
Vengan, vean el lugar donde fue puesto el Señor.
7 Vayan pronto y digan a sus discípulos que él ha
resucitado de entre los muertos. Miren, él va

delante de ustedes a Galilea. Allí lo verán. Ya se lo
he dicho.
8 Entonces ellas salieron pronto del sepulcro,
con temor y gran alegría, y corrieron a dar la
noticia a sus discípulos.
9 Mientras iban, Jesús les salió al encuentro y
les dijo: ¡Saludos! Ellas se acercaron, abrazaron
sus pies y lo adoraron.
10 Entonces Jesús les dijo: No tengan miedo.
Vayan y digan a mis hermanos que vayan a
Galilea; allí me verán.
11 Mientras ellas iban, algunos de los guardias
fueron a la ciudad y contaron a los principales
sacerdotes todo lo que había sucedido.
12 Los principales sacerdotes se reunieron con
los ancianos, hicieron un plan y dieron mucho
dinero a los soldados.
13 Les dijeron: Digan: Sus discípulos vinieron de
noche y robaron el cuerpo mientras nosotros
dormíamos.
14 Y si esto llega a oídos del gobernador,
nosotros lo convenceremos y los libraremos de
problemas.
15 Ellos tomaron el dinero e hicieron como se
les había dicho. Y este dicho se ha divulgado
entre los judíos hasta el día de hoy.
16 Los once discípulos fueron a Galilea, al monte
donde Jesús les había mandado ir.
17 Cuando lo vieron, lo adoraron; pero algunos
dudaban.
18 Jesús se acercó y les habló, diciendo: Toda
autoridad me ha sido dada en el cielo y en la
tierra.

19 Por tanto, vayan y hagan discípulos de todas
las naciones, bautizándolos en el nombre del
Padre, del Hijo y del Espíritu Santo,
20 enseñándoles que guarden todo lo que les he
mandado. Y miren, yo estoy con ustedes todos los
días, hasta el fin del mundo. Amén.

La Biblia en Español Sencillo 2026
The Holy Bible in Simple Spanish, 2026

Public Domain

Language: Español (Spanish)

Dialect: Latin America/Mexico

Translation by: AudioBiblia.org

La Biblia en Español Sencillo 2026

traducido y editado por Irma Flores

email: info@audiobiblia.org

audiobiblia.org

2026-10-30

PDF generated using Haiola and XeLaTeX on 30 Oct 2026 from source files dated 30 Oct 2026
45169fd9-2075-59c7-9c7c-6c4d221175a8